REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, JUNIO 9 DE 1934 — No. 44

VISTO Y OIDO ★ No Almuerza Sin Abrir las Patas ★ por PREMIANI



LA MADRE REPETIDA EN LA HIJA

La historia de una gran actriz, de su fundamental soledad, de sus amores ostentosos e inútiles, de una desesperada resolución que toma al final



LOS últimos aplausos resonaban aún en la sala, cuando Tatiana Fedorovna, la primera actriz del Imperial se dejó caer en una chaiselongue de su camarín. Ondulante el cuerpo bajo la leve seda, brillantes los ojos por el éxito, arrebatadas las mejillas por el entusiasmo, se incorporó lentamente y cerró la puerta con llave.

Varios golpes se dejaron oír:

—¿Quién?

—Un admirador.

—Basta de admiradores hoy, estoy cansada, quiero estar sola.

¿Pero, cómo quedar sola en la noche de estreno, cuando el público la reclamó cálidamente al final de cada acto? El autor, Boris Poklepovich, ágil e inquieto, no tardaría en presentarse para besarle ceremoniosamente la punta de los deditos; luego, el empresario y sus compañeros de tareas y el cronista de "Noticias".

Cerró los ojos. ¡Quién pudiera quedarse dormida, y que un hada buena la desvistiera suavemente!

—¿La señora se ha dormido?

Era el sereno del teatro.

—¿Qué horas son, Sergio?

—Las dos, señora. Todo el mundo la cree fuera; en la confitería se han reunido los demás.

Prendió la luz; recién entonces notó dos cajas con tarjetas, varias canastas de flores. No las tocó siquiera. Se envolvió en su tapado de pieles y sin mirarse siquiera al espejo, apagó la luz.

En la acera, frente a su coche, un último grupo de curiosos la esperaban.

—¡Viva Tatiana Fedorovna, nuestra querida Tatiana!

Una leve sonrisa fué el agradecimiento. El frío cortante le hizo cerrar los párpados.

—A casa, Iván.

Y mientras se deslizaba por las calles húmedas, recordó con ironía que esta noche había sido el estreno de "Una Familia", una comedia dramática en la que pudo lucirse ampliamente en el papel de Xenia, una ex actriz, y un rictus amargo se insinuó bajo los crueles labios untados de rojo. Sus ojos tan negros, brillantes y soberbios de desdén y orgullo estaban apagados, húmedos bajo el negro de humo y dos profundas ojeras le demacraban las mejillas.

—Buenas noches, Katia. ¿Cómo sigue la niña?

—Con un poco de fiebre, señora. No hace más que preguntar por su linda mamá. Y con su vieja esclava servil y humilde, se sonrió con orgullo. Casi las tres y aún estaba en pie, esperando a su ama.

—Vete Katia, me serviré el té sola, después iré a conversar con Ñura.

—¿Y no trajo las flores hoy?

—No, eran muchas, mañana irás tú a traerlas.

—¿Y está contenta la señora, mucha gente, muchos obsequios?

—Sí, Katia, sí, pero mañana te cuento, vete a dormir y me llamas a la una. Duerme bien, y hasta mañana, Katia.

Recién ahora estaba sola. Lejos de los codiciosos ojos masculinos que la desnudaban continuamente con la mirada, sin oír la fácil palabra de sus muchos admiradores. Las eternas y viejas palabras. Y ella, la grande, la eximia, la hermosa y seductora actriz máxima del Imperial, sola, ausente, sin una amiga entre tanta gente, sin una voz cálida de verdadera ternura. Todos la admiraban, pero ella, con su salvaje trama eslava, contradictoria y absurda se negaba a todos.

—¿Mi linda hijita, quiere mucho a su mamá?

—Sí, mucho, mucho.

Y Ñura, la pequeña y frágil Ñura, apoyó la cabeza ardiente de fiebre y sueño en las frías manos de Tatiana Fedorovna.

Diez y siete años. Un verdadero capullo que se abría a la vida. Una carita suave y pálida, con la frente muy amplia, los ojos claros y dulces, la boca breve y tierna. ¡Boris Gladkov, el padre de su hija! Enfermiza y ardiente como él, obscura y lejana, misteriosa y clara, en su inocencia de niña. ¿Por qué tan luego hoy surgía en su recuerdo la imagen nítida de aquellos amores trágicos en los que Boris Gladkov perdiera la vida en un imprudente duelo con un cronista infame que, despechado, insinuó un escándalo como tema del día?

Diez y ocho años antes. La misma Tatiana Fedorovna, lozana y fresca, con la espontaneidad que da la ignorancia del mundo. Una noche de estreno. Aplausos, flores, obsequios. Hombres de frac, finos y enjoyados, que le besan la mano y allá en el fondo de su camarín un jovencito de ojos claros y mirar tierno que la saluda desde lejos.

—¿Se amaron mucho? Todo lo que se puede amar cuando se tiene el alma clara y limpia y el corazón apasionado e inocente; no se casaron sin embargo. Boris le exigió que optase por el teatro o por él. Ñura nació luego. Después los recuerdos se agolparon confusos y desordenados; fiebre, muerte, dolores. Pero siguió siendo la gran actriz para el mundo.

Su hija era su refugio. Boris la fuente serena y mansa, su amor, su gloria, su orgullo. Todo su pasado. ¿Cuántos hombres pasaron por sus manos desde entonces? Muchos, muchísimos. Todos iguales; diferentes medios para el mismo fin. Variaban su técnica únicamente. Pero su corazón no se recobraba. Se hizo áspera, violenta por defensa. Inaccesible por norma. Al principio de su carrera teatral, humana al fin cedía alguna vez; pero luego, cuando Ñura fué creciendo se hizo fuerte y vivió solamente para ella.

Un hombre, sin embargo, se perfilaba entre todos: Alejo Dichenko, fino y distinguido bajo su impecable abrigo de pieles, la distinguía entre todas sus camaradas. Permanecía silencioso y lejano de su camarín, mirándola sin verla, atento sin embargo a sus menores caprichos. ¿Estará enamorado de mí?, se preguntó muchas veces Tatiana, pero el amor no le preocupaba ni poco ni mucho.

Insensiblemente lo dejaba pasar, desoía los juramentos de sus galanes. ¿Para qué? Si no los sentía. Ni siquiera como curiosidad le interesaba ya, y como experimento, tenía demasiados. ¡Qué ridícula la vehemencia de los más apasionados! Ante su indiferencia torcían inmediatamente de rumbo. Los vanidosos aparentaban constancia, juraban y prometían, pero cansados al fin, la dejaban en libertad.

Solamente Alejo Dichenko con su cara de niño, su boca tierna y sus manos finas y tibias no le fastidiaba con palabras inútiles. Con sencillez fué conquistando su confianza y más de una vez Tatiana, la orgullosa e inaccesible Tatiana, se preguntó si no se estaría enamorando de él.

—Amigo mío, usted debe acompañarme a casa a tomar un poco de te y si tengo la suerte de encontrar a Ñura despierta, se la presentaré. Es mi hija: ¿no sabía usted? Acaba de cumplir diez y siete años. Es linda como una flor. Es tierna y enfermiza. Todo le asusta. Solamente conmigo está bien.

—No sabía que Ñura tiene ya diez y siete años.

—Es usted un hombre galante, Alejo, pero no es una crueldad que me recuerde que soy ya vieja. La vejez será para mí un refugio y un descanso al fin.

—¿De qué se queja usted, Tatiana? Tiene salud, dinero, una hija que la adora, fama, honores...

—¡Por Dios!, amigo mío, no diga ni repita lo que todo el mundo. La gente cree que lo tengo todo.

—Si no lo tiene, le sería fácil proporcionárselo. No hay un solo hombre capaz de no amarla.

—No es a mí a quien solicitan, es a la firma mía, al prestigio que ellos me crearon, a mis fantásticas leyendas que ellos mismos se encargaron de hacer circular.

—Y que usted no desmiente.

—¿Para qué si abriera mi corazón y lo mostrara puro y sencillo, mis admiradores se desencantarían de inmediato. Hay en todo hombre un afán por complicar aquello que no conoce, por eso me callo. Qué más da que me crean de una manera o de otra? Soy fiel a mí misma, con la ventaja en cierto modo de que nadie me conoce.

—Yo la conozco un poco, Tatiana, y sus ojos claros y serenos se fijaron en los de ella, dulcificados por una súbita ternura.

—Tal vez, Alejo, pero mi corazón está endurecido a fuerza de negarse. Quiero estar atenta a la vida de Ñura, ella me necesita. Castigando a su carne conformaba a su espíritu. Y mientras bebían el te del humeante "samovar" apareció la niña como una dulce aparición en su bata blanca, el pelo suelto sobre sus finos hombros.

—¡Mi linda mamá, qué tarde has llegado hoy, temía dormirme sin verte! y abrazada al cuello de Tatiana seguía prodigándole mil ternezas sin reparar en la cara de asombro de Alejo Dichenko.

—Mi querida, este señor es un viejo amigo mío, quería conocerte. ¿Por qué no le das la mano, hija?

Y Ñura extendió su manito fina y blanca y balbuceó una palabra que nadie oyó.

—Es muy bonita su hija, pero su belleza es distinta a la suya.

—Sí, tiene el encanto de la inocencia. Se asoma recién al mundo. Quisiera Dios que ignore lo que yo sé. Total es una ciencia que da más penas que bienestar y es más feliz aquel que la desconoce.

—Es usted Tatiana de las que creen muy poco en la experiencia.

—Creo en ella para la especie, pero no como bienestar personal, sobre todo la experiencia sentimental no nos ayuda en nada, porque en asuntos del corazón todo sucede en forma ilógica, imprevista, sin razón ni motivo.

—No me entusiasma discutir con usted, en primer lugar porque las discusiones son perfectamente inútiles; no se llega jamás a una conclusión, luego, tiene usted Tatiana sus asuntos sentados a fuerza de tratar a los hombres como títeres.

—Mi vida me dió este derecho.

—Tal vez, pero un hombre es algo más complejo de lo que usted supone. Además, no es por lo que dicen como debe tomárseles.

—No tema Alejo; distingo entre ellos a los que todo lo dicen y no sienten nada y a la infinita variedad de los otros.

—¿Me tiene usted confianza?

—Sí, porque es un hombre callado: usted mira, observa y deduce sin atronar los oídos de nadie con conclusiones filosóficas. Por principio desconfío de los buenos hablistas; se van en palabras. Créame, sé lo que le digo. Los que todo lo dicen, no sienten nada o casi nada. Y a propósito de los que hablan y de los otros, lo que hacen o sienten, me viene a la memoria una escaramuza que me pasó hace poco. Escúchela y juzgará Vd. si tengo o no motivos suficientes como para robustecer mi teoría, en la que no cree mucho.

—¡Oh, no,! no es que no crea, Tatiana, pero no se debe sentar principios por casos aislados.

—Tiene razón, amigo mío, pero yo no siento principios con casos aislados, sino que mi afirmación es el producto de una constante observación. Pero antes permítame que acueste a Ñura, es ya muy tarde. Volvió a los pocos minutos con paso ágil, se sentó a su lado, y empezó a contar lo siguiente:

—Una vez después de la función, con otros camaradas, fuimos a un café donde solían reunirse por las noches, artistas, escritores, y pintores, y entre vaso de te y vodka con caviar, se discutían y esgrimían las teorías más arriesgadas sobre el arte, filosofía, amor, etc. Allá conocí a Fedor Lermontov, pintor de talento, hombre distinguido, con una sólida cultura musical que me impresionó fuertemente. Hombre al fin, me hizo luego una corte furiosa, no sin antes confesarme que era casado, con dos niñas, que vivía en desarmonía con su mujer y su madre. Tenía gran prestigio como pintor y no usaba de falsa modestia; sabía lo que valía. Los hombres en general no lo querían: unos por envidia, pues era muy rico y no vivía de su pintura, los otros, porque tenía grandes méritos con las mujeres. Yo supe todo esto por él mismo. Nos hicimos camaradas y a los dos días yo estaba en su taller: quería hacer mi retrato.

—¿Y no le hizo a Vd. el amor?

—Al principio no, porque hice todo lo posible por retardarlo, contándole una absurda historia de unos imaginarios amores míos, y que él respetó. Se propuso curarme y mientras Fedor Lermontov conquistaba mi confianza con mil finuras de hombre de mundo, yo me resistía por hábito. No podrá nunca darse una idea del encanto que me ofrecía la compañía de un hombre de mundo, sano, sin rencores ni envidias, bien hablado y pulcro, pero una noche, al terminar la función, vino a buscarme. Todavía hoy me pregunto, ¿qué raro encanto tenían sus ojos aquel día? ¿Qué suavidades su voz, para que de pronto se hayan ablandado todas mis durezas, todos mis temores y desconfianzas?

—¿Me quieres, Tatiana? Me preguntó de pronto, deshaciéndome en un abrazo. Yo no lo quería todavía. Todo había sucedido tan rápidamente que mis sentimientos no habían tenido tiempo de cristalizarse.

—¿Me quieres?, insistía él. Yo callaba. Tomó mi silencio por una afirmación y empezó a sacarme el abrigo. Una dulce sensación de tibieza y bienestar iba cerrándome los ojos. Sentía latir, tumultuosamente su corazón junto al mío, y su cálido aliento incendiándome la cara.

—¿Me quieres? ¿Me quieres?, eran sus únicas palabras.

—Sí, dije con un hilo de voz.

Apagó la luz y quedamos confundidos en un abrazo, a medio desvestir.

Una sonora carcajada de Tatiana se dejó oír.

—¿Por qué se ríe usted? ¿Es muy cómico el final?

—Sí, muy cómico, tanto que me enfermó.

—Pero, ¿qué pasó?

—Figúrese usted a Fedor Lermontov, el seductor de solteras y casadas, el Don Juan temido, apuesto y buen mozo, besándome los pies y confesándose casto. Confundida y humillada y con temor a herir susceptibilidades en una situación tan delicada, me abstuve de prodigarle un consuelo siquiera. Me vestí lentamente. Evitaba mirarle. Me acompañó hasta casa. Nos separamos hasta el día siguiente. Pasé una noche con fiebre altísima. A la mañana vino a verme. Estaba también demacrado. Nos mirábamos como viejos amigos que ya no tienen nada que decirse y mi instinto de madre me incitaba a tomarle la cabeza entre las manos, besarle los ojos, a mecerle dulcemente a mi lado. Pero sentí cierta tirantez. Algo a pesar mío estaba roto entre nosotros.

¡Pobre Fedor Lermontov! Un amador de cartón. Tantas palabras, tantas promesas, tantos gastos francamente teatrales, para confesarme al fin que era casto. Sus lienzos estaban, sin embargo, llenos de ardor. Le omito las conjeturas que me hice luego; nos encontramos dos o tres veces más, pero cada vez más distanciados. ¡Oh!, pero asómbrese Vd. En una oportunidad se mostró triunfante de su comportamiento. Me había respetado. Ñura tenía entonces catorce años. Yo era sana, joven, halagada y solicitada y Fedor Lermontov, después de inquietarme, me dejó porque era casto, pero no sin antes oír de mis labios que le amaba.

—Ya lo ve, amigo, este ejemplar pertenece a los que hablan.

—Espero que no haya encontrado muchos hombres castos en su camino, o como ellos se titulan.

—Encontré gente agotada por excesos viciosos o imaginativos, pero llenos de ardores, apasionados y humanos. Profundamente humanos, que en cierto modo les redimía sus faltas. A la semana mi amador paseaba en compañía de una hermosa mujer. Era ya muy tarde cuando se separaron. Las tres, tal vez. Al otro día había ensayos a los que no podía faltar, pero el sueño no llegaba. Sentía alivio por haber contado uno de sus fracasos amorosos que más le hicieron sufrir, que más la habían humillado.

Evidentemente, estaba vieja. Las confidencias y las quejas son un síntoma seguro.

★

—¿Por qué insiste usted que frecuente su casa si antes nunca me la ofreció?

—Para que vea a mi hija. Quiero que la civilice. Ella es un poco salvaje.

—¿Tanta fe me tiene, Tatiana?

—Mucha más de la que usted supone.

—Sí. Basta decirle que la de ahora me inspira lástima. ¡Pero, por Dios!, que no lo sospechen siquiera mis admiradores. Para ellos debo continuar siendo la grande, la lejana, inaccesible y orgullosa Tatiana Fedorovna. La eximia actriz, la maravillosa actriz máxima del Imperial. Alejo, me está haciendo decir disparates. El sentimentalismo a mi edad es conmovedor. Insiste Vd. en no conocer de cerca a Ñura?

—Sí. Tengo razones muy sólidas para desistir. Le repito que me honra su distinción, pero no estoy seguro de proceder con honestidad. ¿Y si yo me enamorara de ella?

—Me sentiría dichosa.

—Pero, ¿es posible, Tatiana?

—Si sigue confundiéndome en elogios, creeré que lo dice en broma, y la estimo demasiado para creer que se burla de mí.

—Soy absolutamente sincera.

—A pesar de mi modestia, el resto de vanidad que hay en mí, me incitaba que tome como sinceras sus palabras. Pero hay algo que no comprendo. Vd., Tatiana, ha visto tan de cerca la miseria de los hombres, sus debilidades y falsías, por qué no trata de alejar a su hija de los peligros que pueden significar para una criatura delicada y frágil como Ñura, enamorarse de alguno de ellos? Me siento honrado por su confianza, pero olvida usted que también soy hombre que habla menos que los demás y que por lo tanto, según usted, siente más. Ñura es una criatura que para mí, hombre de alguna experiencia, tiene un enorme atractivo, pero no puedo olvidarme que es usted su madre.

—Precisamente, Alejo, en vez de ser todo esto un inconveniente, tiene para mí todas las ventajas posibles.

—Confieso que no la entiendo, Tatiana. ¿Por qué no me habla con más claridad? Soy un mal discípulo y mi agilidad mental para esta clase de ejercicios no es muy feliz.

—Bien. Yo se lo explicaré: No sé si las primeras impresiones se graban con tanta intensidad en la mente masculina como en la nuestra, pero muchísimas naturalezas generosas se han desviado por haber estado mal orientadas. No se imagina, amigo mío, lo dolorosas que son las primeras experiencias, los primeros conocimientos, los choques iniciados en el mundo de las sensaciones. Una mujer es optimista o turbia de acuerdo al primer hombre que abrió su corazón: de acuerdo al surco que ha dejado en su carne y en su alma. Por eso, sabiendo la influencia terrible de estas impresiones, el daño o el bien que puede hacer un beso, una mirada o una palabra, no quisiera exponer a mi hija. Quiero evitarle el horror y el asombro ante lo cruel y rudo que tiene la vida. Vd. es bondadoso. Con sus ojos de niño y su corazón de criatura inocente y pura, nadie mejor que usted, Alejo, para iniciarle en el complicado mundo de las realidades.

Pero Ñura tiene apenas 17 años. ¿Qué temores abriga para su lejano futuro?

—No tan lejano como supone usted. Además, las naturalezas complejas y delicadas como la suya, dan sorpresa cuando menos se las espera. No puede parecerse sino a mí o a Boris, su padre, que era fantásticamente apasionado e irreal.

Si es a mí, los años ya han borrado, por suerte, el original.

—¿Era muy distinta entonces?

—Sí, todos somos diferentes a los veinte años: el tiempo apacigua y apaga los ardores e inquietudes, pero los que tenemos un hijo o una hija, tenemos que se despierte en ellos nuestra primera juventud. ¿A qué explicarle cómo he sido? Creería usted que se trata de dos mujeres distintas, tanto me zarandeó la vida, tanto he cambiado.

—¿Recuerda con cariño a la Tatiana primera, a la que había en usted hace veinte años?

—Voy a dudar de su sano juicio...

—Y no estaría usted muy lejos. Una madre que busca para su hija un hombre que la inicie en el mundo de los sentimientos, no puede estar sino loca, o ser una anormal, o...

—No, tanto no he querido decir.

—Si usted tiene la delicadeza de ocultármelo, los demás pensarían a grandes voces. Pero una madre inteligente, conocedora del ambiente en que actúa, tiene todo el derecho de proteger a su hija: de evitarle en lo posible el choque con el mundo externo.

—Yo no le discuto los derechos, Tatiana. Pero ya que lo hace usted para evitarle un daño, no sé si está en lo cierto. Tal vez sea mejor que la deje orientarse sola.

—Sé lo que le digo. Yo me orienté sola. Son más los sinsabores que los gustos. Además, a los diez y siete años se ignora en absoluto la diferencia del bien y del mal. Se lanza uno de lleno en un mundo desconocido para estrellarse una y mil veces. Nadie toma a esta edad. Se deja tomar, esto es todo. Pero yo estoy firmemente empeñada en poner a Ñura en manos gentiles.

—¿El cumplido es para mí?

—No necesita preguntármelo. Entre cien hombres, nadie tan sereno y profundo, nadie tan honesto consigo mismo y con los demás.

—Por eso Tatiana porque soy honesto, renuncio a la ventura. No me siento con fuerzas como para iniciar y orientar una vida que se abre. Tendría remordimientos de conciencia en el caso de fallar; además, hay una razón muy poderosa para negarme.

—Ya lo sé, Alejo. No necesita decírmelo. [illegible] gusta más [illegible]

—Usted lo sabe todo, Tatiana, pero no es que me guste más la madre sino que me gusta mucho, mucho más de lo que usted se imagina.

—Trato de no imaginármelo, porque no puede ser. En la ficción o en la realidad, en mi vida no hice más que prodigarme, de manera que no tengo nada para animar sus ardores. Me falta frescura, fe; ya no tengo la menor ilusión para mí. Mientras yo me prodigaba usted está a la espera, cultivando y cuidando sus sentimientos, puliendo sus sensaciones. Hace mucho tiempo que nos conocemos; dentro de muy poco la Tatiana que usted vió por primera vez, florecerá en mi hija y tendrá doblemente compensada la espera. Dígame que sí, Alejo y le esperaré mañana en casa con el "samovar" hirviendo. Tomaremos te y si tiene la suerte de encontrar a Ñura despierta, se la volveré a presentar, porque tal vez se haya olvidado de su cara.

—Sea. Mañana después de la función iré a su casa. Alejo, con paso liviano, se alejó, soñador ante el porvenir cercano; Tatiana, con paso lento y desganado, se dejó caer en la chaiselongue de su camarín. Con mano pesada enjugó una furtiva lágrima ante el sacrificio. ¿De su vanidad de mujer herida o ante el futuro lejano de Ñura?

Tatiana Fedorovna, la grande e inaccesible Tatiana, la actriz máxima del teatro Imperial, la de antigua alma eslava, contradictoria y obscura, representó una vez más su papel, prodigándose tanto, que ella misma no estaba segura si era ficción o realidad su rol de [illegible] comedia dramática de la vida.

POR

BLANCA ROLLAND

Ilustración de

JUAN SORAZABAL

Los Romeros del Amor

★

LA escena, a orillas del río, en un pic-nic.

—¡Che, Nicomedes! ¿No has'oido lo que t'he dicho?

—Pero, mamá... si es la última pieza que bailo...

—No sea así, señora... deje que se diviertan las muchachas.

—¡Cállese usté también! ¿Se cré que no le veo las pretensiones al bailar?

—Le ha parecido, nomás...

—Lo que m'está pareciendo a mí es otra cosa.

—Bueno, suspenda el discurso, qu'este tango no hay que perderlo.

—Señorita... ¿gusta acompañarme?

—¿Salgo, mamá?

—Ya que ha salido tú hermana, salí vos también, pa'que no digan que te han dejao planchando; pero en cuantito se propase pegale el esquinazo.

Interrumpe la conversación, los acordes de un tango tocado con maestría, por tres tipos arrabaleros acurrucados en un recodo del corrillo. En el rostro moreno de los músicos, se dibuja una mueca picaresca, cuando sus fuertes miradas, perdidas bajo las alas de los sombreros, observan las pantorrillas de algunas muchachas que al dar la vuelta con ligereza, han hecho girar en torno suyo el vuelo de su vestido.

Doña Gregoria, Madre de Nicodemes y de Panchita, dirige miradas investigadoras a los mozos que han salido a bailar con sus hijas, como queriendo adivinar en el gesto, y en las palabras, alguna declaración de amor que quizás ellos pronuncien al arrullo de aquel tango cadencioso y lento.

Cesa la música. Las parejas se desparraman en los asientos. Sécanse los rostros sudorosos... El corrillo también se ha esparcido por el bosque, muy cerca de los bancos y mesas ocupadas por los "bocks" de cerveza. Poco después, se siente el templar de los instrumentos. Otro tango se aproxima... Las parejas reaparecen del brazo, una tras otra...

Un mocetón de chambergo en la nuca, se pavonea airosamente, alardeando de llevar detrás de la oreja un típico clavel de patio andaluz. Sonriendo, se acerca a doña Gregoria y le dice, aludiendo a las muchachas:

—¿Y señora? ¿Las deja bailar.

—No, mocito; ya nos vamos...

—Una pieza más, señora, y después le tocaremos un gato con relación...

—¿Yo bailar un gato? ¡No sé con quién! Si aquí náides sabe más qu'el tango!

—¿... or qué no se va a la "soirée" del presidente?

—¿No te digo, con el imbécil éste? ¡Queriéndome agarrar pa' la cachada?

—Bueno; vamos mamá

—Sí, es mejor; porque denó, me parece que le voy a sacar las mechas a tirones.

Y diciendo esto, tomó del brazo a sus hijas, jurando y perjurando, que a los pic-nics no volverá sino de suegra, cuando se casen sus hijas.

Manchas del Suburbio

Flores de Barrio

★

EN un tranquilo barrio de arrabal, habitado por gente laboriosa, el silencio nocturnal sólo es interrumpido por los ladridos de los perros, las pisadas y traspiés del transeúnte que se dirige a su hogar cantando a media voz o silbando. Se oye una discordante orquesta: el clic-clac metálico de las ranas, el áspero croar de los sapos, la estridente pitada de la locomotora de la estación cercana que hace entreabrir los ojos soñolientos del vigilante, que acurrucado en el quicio de una puerta, dormita, cansado de escudriñar las oscuras calles del barrio.

Guarecidos debajo del follaje de un viejo y corpulento "gualegüay" que se asoma sobre la puerta de un caserón antiguo, cercado de tapia, están dos amantes diciéndose palabras lindas de cosas que hacen soñar y vivir a los que tales las sienten.

Suena la campana de una capilla próxima, y sus tañidos agonizantes se difunden por el espacio, exultando a alguna vieja supersticiosa que se santigua fervorosamente.

Armando y Ermelinda se miran tristemente, porque el tañido de esa campana, les anuncia la hora de despedida: "Hasta mañana, mi negra". Es la señal que le tiene dada a Ermelinda su anciana madre para que se despida. Es el del reloj de ellos; de muchos otros, quizás.

Armando no está dispuesto a seguir más así. Nada le importa la hora y le suplica, le implora a su amada, abandone el hogar y le siga. Tomándola de las manos para besarla en los labios, que queman como su aliento, como todo su ser, le dice con fingido dolor:

—Sí, mi alma... Venite conmigo. Nos iremos lejos, muy lejos, donde la dicha nos sonría con un hijo de nuestro amor. No dejés que se muera de pena tu negro; no me dejés...

—¿Y mi madre, Armando? ¿No has pensao en eso? ¡Abandonar mi madre, por tu cariño, para luego... ¡quién sabe, me vea sola, sin vos...! No, Armando; no puede ser...

—Bueno, bueno. De mí... no te acordés más, ¿sabés? — le dijo con marcado enojo.

Y ella, sosteniendo la dolorosa lucha entre dos afectos — el de la madre y él — no puede ocultar las lágrimas que asoman a sus ojos y humedecen su rostro.

—¡No te vayas! ¡No te vayas así... que me matás!...

—Bueno. ¡Decidite de una vez!

Vaciló ella un instante. Pero la decisión que había en Armando, vencieron sus escrúpulos, y secándose las lágrimas, exclamó emocionada:

—En fin...; sea lo que Dios quiera. Tuya soy..., vamos...

Asidos del brazo se perdieron por las obscuras calles de aquel tranquilo barrio.

Un viento suave, trajo el eco de pasos que se alejan y de ladridos persistentes. La incansable rana, sigue su monótono clicclac en el charco de una zanja. El sapo, impertérrito en su ronco croar. El vigilante, ora dormita, ora pasea tocando ronda...

.. ..

Ermelinda, la hermosa. La "flor del barrio", como la llamaban los muchachos que la conocieron en su juventud, anda por esas calles vestida de negro, por la pérdida de la madre, a quien no pudo ver en la hora de la muerte. Pero encuentra consuelo en el ser a quien tanto quiere; al hijo de sus entrañas, por quien ella hace tanto sacrificio; por él va vendiendo caricias y burlándose de los que le hablan de amor; porque Ermelinda tiene en su pecho, una herida muy grande, una pena muy honda, un dolor punzante, porque aún ama al hombre a quien creyó, al padre de su hijo; de ese hijo inocente que palmoteando con sus manecitas lo llama, y no viene, y no llega nunca...

Ella sonríe, pero a sus ojos asoma la tristeza que enluta su alma, dando a su rostro una expresión de enferma, de viciosa, de loca...

Esta es la pequeña historia de Ermelinda, la hermosa "flor del barrio".

¿Y él? Sigue diciendo cosas lindas a las muchachas que pasan por su lado...

Pasa el Vacunador



—BUENAS tardes. ¿Es usted la encargada de la casa?

—Si señur. ¿Deseaba aljú?

—Venía a vacunar. ¿Hay muchos niños?

—Nun señur; sólu hay dos de la del número cuatru, y una hija mía de quince añus.

—¿Y los demás inquilinos?

—Sun todus matrimonios solus; menus aquella del fondu, que la ocupa unos paisanus nuestros, recién llejados de Pontevedra.

—¿Cuántas personas habitan en esa pieza?

—Ochu personas, señur.

—Perfectamente: avíseles que mañana temprano vendré a vacunarlos. Dígame, ¿su hija está vacunada?

—Sí, señur, pero hace mucho tiempo.

—Bueno, habrá que vacunarla.

—De mi parte nun jai inconveniente. Si la chica quiere...

—Y si no quiere, pagará usted la multa. ¿No comprende que es para el bien de todos?

—Ah... siendu así nun diju nada.

—¿Es argentina su hija?

—Nu, señuritu, de Galicia.

—¿Su gracia?

—Eu nun tenju gracia...

—Pregunto el nombre de su esposo.

—¡Ah, vamus! Sí, cumprendu... Santiaju Pérez.

—Bueno, ya sabe; vendré mañana.

—Adiós señoritu...

... ...

—¿Qué preguntaba ese joven, vecina?

—Pur las personas sin vacunar. Dice que vendrá mañana.

—¿Vacuna a su hija?

—Pur eso mismo protestaba hace aljunos minutos.

—¿Y qué le dijo?

—Que por la fuerza tendrá que vacunarla.

—No se descuide, doña Josefa, que estos son muy pícaros. Figúrese qu'el año pasao, en la otra casa que vivía, fué uno a vacunar a las muchachas de la dueña e casa, y... ¿sabe lo que se le ocurrió al hombre?

—¿Aljun disparate?

—Verá. Empezó a convencer a la madre que la vacuna que mejor prendía era en la pierna, en la parte del muslo, ¿sabe? y que estaban menos expuestas a contraer enfermedades. Al principio las muchachas no querían porque tenían vergüenza de mostrar las piernas, pero a juerza de tanta lata, el mozo las convenció. Cuando estaba vacunando a la mayorcita, se armó un bochinche y vide qu'el vacunador salía al trote por la puerta e calle, y detrás la madre e las muchachas, tirándole la valija con todos los cachivaches.

—¿Qué había pasau?

—Cállese; qu'el mozo de la Asistencia había sido un atrevido. En cuanto la madre salió al patio, el mozo la abrazó y besó a la muchacha. Claro, ella gritó llamando a la madre.

—¡Pus cualquier día me fío yo con ese otru!

—Sí; si hasta con el cuento e la vacuna se cuelan esos atrevidos.

—Cun su permisu, duña Benita, me parece que se m'está quemando el arroz.

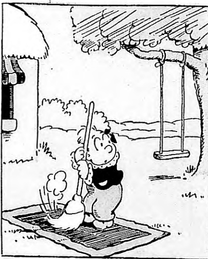
—Es de usté, doña Josefa.

★

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









¿CHUPETÍN O QUÉ?









EL ARCO DE CUPIDO



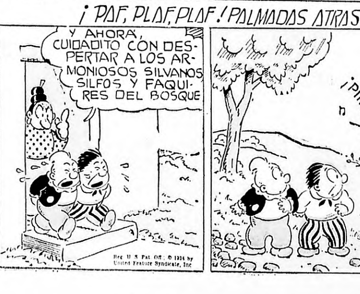






¡PAF, PLAF, PLAF! PALMADAS ATRAS.

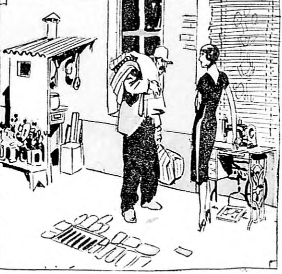








El Vendedor a Plazos



ES poco más de mediodía.

En el reducido y antihigiénico patio de un conventillo del arrabal juega una porción de niños sucios y harapientos, que entretenidos en sus travesuras infantiles, no sienten el fuerte sol que calienta sus cabecitas.

Sentada frente a la puerta de su habitación, está Adolfa, junto a la máquina de coser, entretenida en hojear una novela.

Un hijo de Moscú—vendedor ambulante de mercaderías a plazos—avanza cautelosamente por el patio, pregonando de cuarto en cuarto, sus acostumbrados artículos de tienda y mercería. Detiénese frente a Adolfa, y la observa picarescamente, hasta que le interrumpe la lectura, diciéndole:

—Boeinas tardi, Dolfa ¿Qui cointas di boino?

—¿Qué quiere que le cuente?

—¡Quí poca novidá qui tienes!

—Y, ¿usted tiene muchas?

—Yo la tener mucha. Boinos gineros pir la verano, y muebles noivos.

—¡Cállase con sus muebles! Las sillas que me vendió no sirven para nada; se están descolando todas. Parecen usadas.

—¡Quí aspiranza, quí la istar usadas!

—Ya le he dicho los otros días, que no venga a ofrecerme nada, porque no le voy a comprar.

—¡Quí mala qui istás hoy!

—Venga el lunes a cobrar lo que le debo; todavía no ha cobrado mi marido.

—¿Nu quire cumprar boeina guarda pulvo pir marido qui istá viajante, qui va, qui la viene pir la tren?

—¡Ya le he dicho que no!

—Boeino... boeino... pir Dios, qui ti pones foriosa.

—No me venga afilando porque es inútil.

—Yu nu ti afila. Yu ti quiera mucho, pir que mi haces muy simpática. Si mi quiera a mí, yu ti trata bien; ti regala vestido di seda, sumbrero, y te lleva alagantes a pasiar pir la calle Florida, cuando no istar tu marido. ¿Quí mi dices, Dolfa?

Y Adolfa, acostumbrada a engañar al ruso de que es casada y que tiene el marido ausente, aprovecha la oportuna propuesta. Después de sonreir maliciosamente, le responde:

—Bueno, déjese de bromas y venga el lunes para que arreglemos...

—Boeino, yo la viene sin falta.

—Bueno, adiós...

—Adiós quiridas. Quí mi dices quí sí, quí mi dices quí no.

Y mientras se encamina el ruso hacia la puerta de calle, ella le contempla hasta que desaparece.

Y allá, en el fondo del patio, aún siguen los chicos en su algazara, interrumpida a veces, por la queja de algún vecino, molestado por sus travesuras.

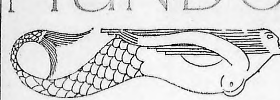
POR

BRUNO GOMEZ

ILUSTRACION DE RECHAIN

EN EL OMBLIGO DEL MUNDO





LEMURIA, la tierra de los gigantes, se levanta de su lecho del Océano Pacífico. Las tragedias cósmicas de las especies. Los seres humanos asexuados. Comprobaciones científicas. El ocultismo explica lo que significan los nacidos del "sudor" y del "huevo". ¿Pudo existir una cultura esporádica en la Lemuria?

AL finalizar el año 1932, el mundo y los científicos preferentemente, fueron sacudidos por una noticia que muchos llamaron fantástica, sin analizar la enorme verdad que encerraba en su fondo; acaso porque deberán enmendarse muchas planas y desbarrancar muchas refutaciones cuyo cientifismo de pacotilla se ha impuesto a fuerzas de maniobras políticas o de esas "complacientes retribuciones" que acostumbran los más afanados a soliviantar una reputación, que en servir a la ciencia y a la humanidad investigando laboriosamente en las interminables vigilias en que se llenan de ansias las almas y se ensombrecen los tintes violáceos de las ojeras.

El telégrafo anunciaba: "El capitán B. Mayo, del barco petrolero "Ramapo", perteneciente a Estados Unidos, ha manifestado a la Associated Press — que lo ha trasmitido desde San Diego, California — que al hacer el recorrido entre San Pedro y Manila ha descubierto un vasto continente debajo del Océano Pacífico".

En realidad, no ha descubierto nada, sino que ha comprobado lo que ya hace millares de años se sostenía por los sabios de Oriente y que, como él acaso ignoraba, le concedemos haya redescubierto.

Pero vayamos al grano, que el punto, además de interesantísimo, es perfectamente serio y de no gastar muchas ironías.

"El capitán Mayo — continúa el telegrama — dice que a mediados de 1933, experimentando una nueva sonda marina, encontró nuevas profundidades cerca del Japón.

"Que dicho continente, hundido es doble del ancho de América; teniendo montañas más altas que el Everest y profundidades hasta de seis millas; verdaderas cordilleras, grandes valles y hasta volcanes todavía en actividad."

Para los que tenemos la convicción de que tal como lo dice Mr. Sinett: "Las alternativas depresiones de continentes y lechos de los océanos son debidas a una lenta pulsación de la Tierra", una especie como de movimiendo de diástoles y sístoles", a veces con recias sacudidas que la mayor energía sísmica produce al aumentar las irradiaciones solares, provocando el estallido de los volcanes; tales manifestaciones no nos tomaron desprevenidos, como tampoco el hecho de que ese continente fuese o pudiese ser la misteriosa Lemuria, donde la tercera raza humana realizó sus gigantescas travesuras; y la publicación del mapa que acompañamos justifica todo, como también el misterio de la isla de Pascua, el famoso "Ombligo del Mundo", como enfáticamente lo llaman los pobladores indígenas, y es que gustamos la comprobación de cosas que parecen raras, pero que resultan casi siempre de una trascendencia insospechada.

De allí que al darse la noticia de haberse encontrado en ese Estados Unidos de las cosas monumentales, y en el Illinois, una mandíbula de mastodonte, que hoy está en poder del Field Museum of Natural History, de Chicago, buscáramos y comprobáramos su certeza, porque allí existió una isla de tierra lemuriana, época en que tales bichitos se divertían con los chicos "nacidos del sudor", y hasta si se quiere "del huevo".

Nuestros lectores y los que se interesen por estos estudios, pueden comprobar datos muy interesantes a poco que observen el planisferio que reproducimos, cuyo original fué construido por Mr Elliot: extraordinario clarividente, poseedor de facultades psíquicas tan asombrosas que estamos seguros han de ser desconocidas y hasta negadas por quienes no se detienen a investigar lo suficiente y ser capaces de intuir algo perfectamente lógico y natural, tanto o más que el ya clásico chiste del huevo de Colón, cuya mordaz ironía va llenando los siglos de la carcajada que tal chiste produjera al chusco que con espíritu de chacota presenciara en la Rábida la jugarreta del navegante genovés.

Tanto teólogos como paleontólogos y astrónomos, están de acuerdo en que las partes sólidas de la Tierra sufren constantes transformaciones, porque así lo prueba la historia del planeta y así lo demuestra la geología al establecer las diferentes capas de la corteza terrestre y sus formaciones, y de ello hemos de ocuparnos en otra oportunidad; luego, nada extraña el que se compruebe hasta la evidencia que las enseñanzas de la ciencia antigua traen un fondo de verdad capaz de impedir la acción corrosiva de la petulancia con que algunos sabios cientificistas de todas las épocas pretenden entronizar sus elucubraciones; y la profecía de Séneca en Medea: "Vendrán muchos siglos antes de que el océano revelará las ligaduras de una gran tierra y se descubrirán nuevos continentes", va empezándose a cumplir, como lo demuestran las comprobaciones del capitán Mayo y lo han venido comprobando todos los sondajes marinos practicados en el último cuarto del siglo pasado.

Actualmente, diversas comisiones científicas organizadas por instituciones oficiales y no oficiales de Estados Unidos, están haciendo exploraciones que tienen en permanente expectativa a los estudiosos; especialmente la expedición oceanográfica en el "Atlantic", patrocinada por el Instituto Oceanográfico de Woods Yale y por la Universidad de Yale, la que a bordo del "Velero III" realizan una cantidad de hombres de ciencia norteamericanos por los mares ecuatoriales, especialmente ésta, de la que forma parte una cantidad de zoólogos, ornitólogos, botánicos, entomólogos, etc., que han de darnos notas y comprobaciones muy interesantes para la ciencia sobre la fauna y la flora de esas regiones, confirmando o rectificando lo que hasta la fecha se ha sostenido.

Nuestros lectores comprobarán, decíamos, datos interesantes al observar el planisferio que publicamos y que tiene señalados en negro los contornos de los actuales continentes a fin de facilitar comparaciones. Por ejemplo, tomemos en primer término la Isla de Pascua, misteriosa porción de tierra, mejor dicho, de roca volcánica que surge a flor de agua en el Océano Pacífico, a los 111 grados, 46 segundos de Greenwich y 27 grados 9 minutos de longitud Sud, con una superficie de unos 125 kilómetros cuadrados, afectando la forma de un triángulo isósceles.

Por su conformación y por el hecho de que está cubierta de volcanes, y su suelo ser casi en totalidad de lava endurecida, sobre la que la acción de los vientos apenas si ha logrado reunir capas o porciones de tierra vegetal cultivable, dan la certidumbre de que es la parte más alta de una cordillera o de una agrupación de picos elevadísimos, cuyas bases, secretos y civilizaciones guarda el océano muy "pacíficamente" en sus profundidades. Y allí, sin duda, hace dos o tres millones de años, una parte ,acaso la más desarrollada mentalmente de la tercera raza humana, fué sorprendida por alguno de los más formidables cataclismos cíclicos, en plena elaboración de los misteriosos monolitos o menhires que llenan de asombro a los que visitan la isla, en la que están diseminados en un número que se calcula en quinientos, más o menos.

Tal lo revela en su gesto silencioso pero elocuente, el cráter abierto del volcán "Rano Rakau" que muestra el gigantesco taller de escultura donde aún quedaron algunas para demostrar que sus artífices fueron sorprendidos en plena labor, y debieron abandonarla, dejando sus herramientas rudimentarias y hasta los rodillos y las planchas con que transportaban esas formidables estatuas que varían de uno a veintiún metros, llegando algunas hasta tener un peso de sesenta toneladas.

Allí, en esas estatuas, cuyos dorsos están llenos de jeroglíficos, hay las pruebas, la historia de lo que hoy es un misterio que solamente las más antiguas leyendas o tradiciones han traído hasta nuestros días, como fecundas enseñanzas y comprobaciones de remotísimos tiempos; cuadros de vida que solamente el ocultista puede contemplar en la maravilla del "akasa", el libro imborrable, indestructible, donde la naturaleza deja la huella de cada acontecimiento, verdadera cinta cinematográfica de la vida universal.

Y bien, en el planisferio puede comprobarse el sitio que la Isla de Pascua tuvo en la Lemuria.

Otra de las comprobaciones es la Isla de Galápagos, que explicará a los antropólogos la razón del por qué los galápagos o testudos, esas tortugas de tierra enormes, cuya existencia no podían los sabios justificar en opuestos continentes, y, por último, ese punto que hacemos resaltar del hallazgo de una mandíbula de mastodonte en el Estado de Illinois, en Norte América, sitio precisado como de tierras existentes en la época terciaria y anteriores en que tales animales vivían en amable compañía de dinosaurios, plesiosaurios y otros simpáticos habitantes, más o menos gigantes e inelegantes, primitivos pobladores del planeta, cuya sociedad tampoco era entonces tan exigente y refinada.

★

¿Qué opinan los hombres de ciencia de este prodigioso "Ombligo del Mundo", que llamamos la Isla de Pascua?

La isla debe su nombre a que un holandés, el capitán Roggewen, llegó, descubriéndola en 1722, justamente el día de Pascua; en 1744 estuvo en ella el célebre Cook, a principios de marzo, y en 1786, el navegante y explorador francés La Perousse llegó y, acaso corrido por su desolación, la abandonó al día siguiente. Pero en 1687, el filibustero Davis, uno de los más célebres aventureros de la época manifestaba que, estando bajo el paralelo 27, había hallado una isla hasta entonces ignorada, situada a unas mil quinientas millas de la costa Sur de América, la cual era una franja larga de tierra que emergía a bastante altura del nivel del océano. Y aunque hay quienes piensan que Davis se equivocó, confundiéndola con "Crescent Island", hay que tener en cuenta que esta última está situada casi a cuatro grados de distancia y que el volcán Rano-Aroi, el más alto de la isla, tiene más de quinientos metros sobre el nivel del mar; siendo posible que Davis no se atreviera a desembarcar, puesto que si bien los vientos del N. E. no levantan gran oleaje, en cambio existe constantemente mar gruesa, por la misma altura y aislamiento en que se encuentra, lo cual provoca un fuerte balanceo a las embarcaciones de poco calado; como las que por esa época usaban los pícaros filibusteros y también los que no eran ni filibusteros ni pícaros o solamente alguna de ambas cosas.

Otra comprobación de que estamos ocupándonos de un fragmento de la Lemuria, nos la da la siguiente información: "A ciertas profundidades, el fondo ofrece un buen asidero a las anclas; pero, cerca de la costa, el mismo es rocoso y, por esta causa, y no existiendo cómo amarrar bien las anclas, en oportunidades ha habido que lamentar algún naufragio, como, por ejemplo, el del barco Black Eagle, de matrícula americana, en 1877. La tripulación fué salvada y pasó cerca de un año en la isla" Que es una prueba más que justifica la opinión de que se trata de los picos más altos de una región montañosa del continente lemuriano.

Esta isla, que los holandeses dijeron era fértil y de clima agradable, en cambio Cook y su acompañante el botánico inglés Forster tanto como el capitán González, de una expedición española, y el mismo La Perousse, sostenían que era apenas utilizable en décima parte.

Para justificar estas divergencias, y en razón a lo que hoy es la isla, debemos tener en cuenta el panorama holandés en aquella época y lo que eran los demás países, especialmente Francia y España, verdaderas sucursales de ese Jardín de las Hespérides; como los griegos llamaron a Poseidonis, la última isla de la Atlántida.

★

Como antes decimos, la Isla de Pascua está llena de monumentos, estatuas, túmulos, plataformas y hasta casas prehistóricas: todas ellas enormes monolitos con esculturas antropomorfas, bastante perfectas, sobre todo teniendo en cuenta la época y las herramientas utilizables que están allí, en el cráter apagado del volcán "Ranorakau", como está detrás y en los brazos de los menhires, una maravilla de jeroglíficos que deben darnos la historia de todos los sucesos, el día que se encuentre la clave de su interpretación y otro Le Plongeon u otro Champollion, u otro Scheiman, aparezcan y nos releven el secreto encerrado en esos símbolos; que eran la verdadera escritura usada en la prehistoria, aun cuando fuera hecha en tablas, metales o papiros, o simplemente en los monumentos.

Las informaciones nos dicen que hasta 1870 no llegó a la isla ninguna verdadera expedición científica, siendo la primera la que llegó a bordo de un crucero chileno, según creemos, aunque Chile no tomó posesión de la isla haciendo valer su soberanía hasta 1888, según datos en nuestro poder que juzgamos fidedignos. Años más tarde, llegaron algunos navíos franceses; pero recién en 1914 los antropólogos americanos Scoresby-Rutledge estudiaron detenidamente la misteriosa isla, en la que permanecieron casi un año, sin lograr penetrar el misterio de los signos cabalísticos, según los informantes.

En 1922, el profesor zeelandés Mr. Brown pasó cinco meses en el "Ombligo del Mundo"; pero éste fué también rebelde, no obstante la hospitalidad cordial de sus habitantes, conservando el secreto de los millares de siglos que el sol ha visitado sus peñascos, erectos como vigías en las inmensidades del océano; acaso para decir a las civilizaciones venideras, remedando a Verdaguer sobre el Teyde, de Tenerife: "Aquí fué la Lemuria".

Monsieur De Lannay, el geólogo eminente, dijo que el cataclismo que hundió a la Atlántida, no pudo ser único, y que no se limita al hundimiento del continente a que se refiere Platón, y que no puede resultar sueño o ficción el suponer que otras Atlántidas más vastas reposan en las profundidades del océano Pacífico. Y de ello podremos dar amplísimas pruebas en nuestra obra "Contribución a la búsqueda de la cuna de la civilización", donde, en un estudio bastante completo, reunimos las opiniones científicas y los elementos de prueba dispersos más interesantes, que un artículo no puede encerrar sino como simples referencias.

Ya Ernesto Haeckel, en su "Historia de la Creación", dijo: "Las alteraciones que la geología comprueba en la corteza terrestre, son determinadas por las constantes depresiones y elevaciones del suelo. Durante millones de años, desde la existencia de la vida organizada, parece que hubiera una lucha constante entre los elementos tierra y agua.

Penínsulas se convirtieron en islas, por la supresión del ítsmo que las unía al continente. Las islas de los archipiélagos se han transformado en picos de las cordilleras, por el alzamiento del fondo del mar que los bañaba, y, viceversa, otras cordilleras se han hundido y apenas restan islas".

Tal la Isla de Pascua.

"Así, el Mediterráneo era un lago cuando en el actual estrecho de Gibraltar enlazaba un ítsmo a España con Africa. En más reciente época de la historia de la tierra, cuando ya existía el hombre, estuvo Inglaterra repetidas veces unida al continente europeo y otras tantas separada de él; y aún Europa y el Norte de América estuvieron un tiempo directamente relacionadas. El mar del Sur era un gran continente, y las numerosas islas que ahora lo esmaltan fueron picos más elevados de sus cordilleras".

Otra cosa que se puede comprobar en el mapa; "el océano Indico formaba otro continente que se extendía desde las islas del Sonda, por la costa meridional de Asia, hasta la oriental de Africa. El inglés Sclater denominó "Lemuria" a este continente a causa de los indios que lo poblaban, y, según toda probabilidad, en él tuvo su cuna la raza humana, acaso precedente de los monos antropoides".

Más adelante decimos algo al respecto, en disconformidad con Haeckel, al tratar de los lemures antisexuados, pues antes aceptamos lo de "nacidos del huevo", que dicen los ocultistas, que un abuelo antropoide.

Momentáneamente, nos resulta más interesante lo de Mr. A. R. Wallace, en su estudio sobre la distribución geográfica de los animales, cuando dice: "La existencia de este continente — se refiere a la Lemuria — es sin duda una legítima y muy firme hipótesis, al par que un ejemplo de cómo el estudio de la distribución geológica de los animales, permite reconstruir la geografía de pasados tiempos. Acaso fuera este continente una primitiva región zoológica en lejanas épocas zoológicas, pero ignoramos época y extensión. Si hemos de localizarla en el área correspondinete a la actual fauna de lemurios, habremos de extenderla desde el Africa occidental a Burmah, Sur de China e Islas Célebes". (Lo que el mapa comprueba).

H. F. Blandford, en una memoria leída ante la Sociedad Geológica, dice: "Las afinidades y analogías de los animales fósiles del grupo Beauford de Africa y los de Panchets y Katlnnis de la India, bastan para inferir la existencia de una tierra que enlazaba ambas regiones. Pero la semejanza entre las faunas fósiles de Africa e India no cesa al terminar las épocas permiana y triásica". Por otra parte, ¿qué relación había entre esta tierra y Australia, cuya existencia permiana es igualmente presumible? También pueden los lectores sacar comprobaciones y, atando cabos, pensar que hay suficientes pruebas para comprobar la existencia de la Lemuria.

Pero... dejemos a los geólogos y demás sabios etnólogos y antropólogos que lo establezcan y lo diluciden, y vayamos a la leyenda lemuriana, llena de sugestiones y misteriosos atractivos, y de ella pasemos a las comprobaciones científicas que hagan posibles o aceptables las hipótesis planteadas sobre el advenimiento del hombre y la multiplicación de la especie, cumpliéndose las bíblicas palabras: "Creced y multiplicaos".

★

Antes que nada, sentemos la premisa de todo buen ocultista — que no es sino un estudioso sereno y un trabajador, un investigador apasionado —, la cual se debe plantear en cada día y en cada hora, y es: nada hay milagroso; la maravilla que pareciera más fantástica, debe tener una explicación científica, lógica y razonable, si para comprobarla se descarga la mente de todo prejuicio, de todo otro deseo que no sea hallar la verdad.

Siendo así, no debe sorprendernos, ojalá entre los elementos de estudio aparecieran leyendas o tradiciones que los superficialistas desechan, porque no contienen las teorías que les han servido para adquirir conocimientos unilaterales, muy diferentes, sin lugar a dudas, de las leyes fundamentales de la vida, donde se adquieren conocimientos universales.

¿Qué sacaríamos — por ejemplo — con negar rotundamente la posibilidad de lo que en "Las estancias de Czian" se afirma sobre la raza humana, que, hasta cuando iba adquiriendo o consolidando su materia física, sus huesos, su carne, se reproducía, como todas las especies de saurios, por el "huevo", como en la anterior época del continente hiperbóreo, "por el sudor"? ¿Acaso hoy mismo los saurios no se reproducen en tal forma? ¿Ese caimán que pace riéndose a carcajadas no nos da una nota pintoresca de cómo naceríamos en la Lemuria? Porque, sin duda, el suscripto y muchos que esto lean hemos de haber andado por aquellos andurriales en anteriores encarnaciones, aunque no recordemos un comino o recordemos demasiado y callemos por las travesuras hechas y no pagadas.

Digamos con Alphonse Berget: "Uno no deja de sentirse presa de cierto vértigo, ante la inmensidad de esos problemas, que nos ponen frente al enigma impenetrable del Génesis". Pero, afrontemos el tema, teniendo la lógica y la razón por norma y faro de esta búsqueda.

La "Doctrina Secreta", habla de los nacidos del sudor, de los nacidos del huevo y de los andróginos, que eran los lemurianos, así: "En un principio, apenas tenían sexo y poco a poco, por evolución natural, se fueron transformando en bisexuales o andróginos. El paso de una a otra modalidad requirió innumerables generaciones, durante las cuales la sencilla célula nacida de su progenitora (dos en uno), evolucionó en un ser bisexual y convertida después en huevo regular, engendró una criatura unisexual".

Según fueron evolucionando los períodos geológicos, las nuevas subrazas empezaron a perder sus congénitas cualidades. Por supuesto que la mudanza requirió millones de años".

Haeckel, comentando este paso gigantesco en la evolución humana, verdadera transición entre lo animal y lo humano, que establece el punto de arranque del dominio de la mente sobre el instinto, o por lo menos la iniciación del contralor de los sentidos, que aún no estaban desarrollados; dice: "En los ínfimos organismos animales, sobre todo en los zoofitos y gusanos, vemos frecuentemente que, en el interior de un individuo, compuesto de varias células, un pequeño grupo de éstas se separa de las circundantes y poco a poco se convierte en otro individuo independientemente distinto del primitivo".

"La reproducción sexual o anfigónica es la más común entre las plantas y animales de las especies superiores. No cabe duda de que este procedimiento genésico apareció en tiempos ya muy adelantados de la historia terrestre evolucionando de la generación asexual y más directamente de la germinación celular". La ciencia ratifica al ocultista, diciendo:

"La más antigua modalidad de reproducción sexual tiene por actor al individuo de sexo doble."

En realidad, confieso que me interesa constatar el origen del ser humano por su reproducción del huevo, y acepto antes haber sido uno de los millones de millones de hermafroditas que se reproducían poniendo huevos, antes que aceptar la teoría darwiniana de la descendencia de los antropoides, y he de alegar para ello razones muy aceptables y legítimas, ya que el "pecado de los amantes", que es el pecado original de que hablan algunas religiones, fué cometido en esta época terciaria, cuando recién comenzaba el desenvolvimiento de los sentidos; cuando, a últimos de la cuarta subraza, la criatura perdió la facultad de andar apenas salida del huevo, ya que, según "Las estancias de Czian" mencionadas, durante la quinta subraza los seres nacieron en las mismas condiciones y según las actuales generaciones humanas.

Y no es cuestión de reírnos, ni de comentar irónicamente estas aseveraciones, sino establecer las posibilidades de su realidad. Hemos de tener en cuenta que, en la época cretácea fué cuando todos los animales invertebrados crecieron y se transformaron en vertebrados, con chayas (esqueletos) sólidos". Primero se desdoblaron los animales y empezaron a procrear. También se desdobló el ser humano, y dijo: "Hagamos como ellos; ayuntémonos". Así lo hicieron, y los que tenían centella, tomaron enormes hembras animálicas y de ellas engendraron razas mudas, como ellos mismos eran". Pero sus lenguas se desataron. Las lenguas de su progenie permanecieron calladas. Engendraron monstruos. Una raza de corcovados monstruos de piel roja, que andaba a cuatro pies".

¿No serán éstas los pretendidos eslabones intermedios entre el mono y el hombre?

Veamos lo que sigue:

Tal el comentario del más antiguo y respetado libro del ocultismo, que ha dado base a todas las leyendas y libros sagrados. Ahora bien, esa misma tradición dice que los descendientes de los semihumanos monstruos fueron disminuyendo de tamaño durante siglos, hasta que, en el mioceno, se transformaron en la raza de los monos pitecoideos. Cabe recordar aquí que la raza primaria de los atlantes cayó en la misma aberración, y de ella resultó la raza de los monos antropoides.

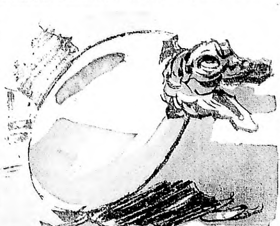
Entonces, queda establecido, en contra de lo que teorizaba Darwin, sin otra base que una simple especulación imaginativa — ya que las hipótesis fundamentales hoy las rechaza la ciencia — es que: la raza humana no deriva del mono, sino que hay diversas clases de monos que derivan de una aberración sexual de las primeras razas humanas: lo que es distinto y más lógico; debiendo observar también que, desde entonces, no hay recuerdo de que tales reproducciones se produzcan, no obstante haberse repetido los hechos entre algunos indígenas del Brasil, Borneo y otros puntos, sin que puedan haberse anotado consecuencias raciales, sino simples aberraciones sexuales entre los protagonistas. Sobre este punto es que los estudiosos e interesados en establecer el origen del hombre y demás especies, deben detenerse y meditar, ya que no es posible suponer que la evolución se realizara y se realice ciegamente, sin el control de una inteligencia superior que haya construído los arquetipos.

Queda establecido, pues — y esto sin tener en cuenta las teorías y comprobaciones de Ameghino, que no hacen sino confirmar lo dicho — que el hombre no es de la época cuaternaria, sino de la terciaria, y que la Lemuria existió, como el profesor Huxley lo estableció también, apoyado en pruebas paleontológicas que los ocultistas no mencionan, y que la tremenda catástrofe en virtud de la cual se produjo su hundimiento, debió ocurrir hace un millón quinientos mil años.

Ahora, es conveniente que aclaremos, en parte al menos, lo de los monolitos gigantes de la Isla de Pascua, que hablan de una "enigmática civilización" de cultura superior.

Esos menhires podrían ser esculturas atlantes; pero, hemos de tener en cuenta que las esculturas atlantes no guardan relación alguna de parecido ni proporción con ellas; en cambio, acusan otra civilización, cuyas características revelan un sentido artístico muy desarrollado.

Los menhires del "Ombligo del Mundo", son esculturas que reproducen los tipos lemures más evolucionados. Las mismas leyendas de los nativos traen la noticia de que: "en tiempos remotos llegó a la isla Hoto Matua que, según parece, es un personaje que provenía de una ciudad que llaman Mara e Rengo, quien instruyó a los habitantes en muchas ciencias que sólo ellos conocen, entre todos los habitantes de la Oceanía; una entre ellas, la alfarería. Parece ser que la escultura fué una de las enseñanzas dadas al grupo más adelantado, a los elegidos, se diría.



En cuanto a las estatuas, que los indígenas muestran desagradados cuando los visitantes se acercan con una curiosidad irreverente, nada dicen las tradiciones; es posible que al descifrarse los jeroglíficos, se sepa si corresponden a esos seres superiores que llaman Tabú, y que no adoran, sino que simplemente reverencian. En realidad, parece que el cataclismo, y sobre todo el millón y medio de años de aislamiento de los sobrevivientes, han influído en que se olvidaran de los datos históricos que la tradición acaso les trajo y sin duda niegan o reservan, dada su actitud, que encierra gentileza, deseo de halagar, de cumplimentar, al extranjero; pero, absoluto secreto de sus cosas, hábitos y costumbres íntimas, sobre todo, su tradición; habiendo influído sin duda en su ánimo la introducción de otras religiones.

Los misioneros RR. PP. Eyraud y Roussel, que la visitaron y se radicaron en ella, desplegando tanto celo que no quedó un habitante sin bautizar, relatan que: "habían visto numerosas tablitas cubiertas de signos grabados en las mismas, que eran la escritura de sus antepasados; pero que ya no existían isleños que fuesen capaces de descifrar estas escrituras". Una gran parte de estas tablitas fueron quemadas, como demostración de celo religioso, por parte de los indígenas, pero se salvaron algunas, que, según el doctor L. Oesterreicher, se encuentran en diversos museos, sin llegar a precisarlos.

El citado doctor, en un artículo que publicó sobre la Isla de Pascua y sus misterios, ha dicho: "Nadie ha sabido descifrar hasta la fecha el enigma que rodea a la isla."

"Aún hoy no sabemos de dónde vinieron los artistas místicos que al aire libre esculpieron en las rocas de las laderas internas de un volcán semejantes estatuas pétreas, algunas de las cuales se ven aún hoy comenzadas, otras más adelantadas y algunas listas para ser trasladadas a distancias bastante apreciables, cerca de la costa. Tampoco sabemos aún por qué fué realizada una tarea de tal magnitud y que se abandonara de improviso.

"Como decimos, no es éste el único misterio; existe también el misterio de la escritura. Esta parece ser sumamente primitiva en su ejecución. Aunque se puede ver sin dificultad lo que representan estas figuras, se ignora sin embargo su significado convencional. Algunos isleños alegaron poder leer dichas escrituras, pero siempre resultó, posteriormente, que éstos no leían, sino que recitaban algo de memoria.

"Un tercer misterio lo son las pequeñas estatuitas de madera, en parte finamente talladas. Estas figuras representan individuos desnudos, el pecho simulando un esqueleto con las costillas perfectamente marcadas. Fuera de ella se hallan también en algunas paredes de piedra y en algunas casas, también de piedra, relieves y cuadros cuyo significado sigue siendo una incógnita para los sabios". Lo que más llama la atención es un pájaro que figura en las mismas y que es completamente desconocido en la Isla de Pascua, el cual se cree la imagen de alguna deidad. Indudablemente, el misterio más grande son los mismos habitantes y hasta su idioma, que se asemeja en algo al de los isleños de las islas Marquesas y los habitantes de Nueva Zelandia."

Para completar esta información, diremos que, en la época de su mayor evolución, los lemurianos eran de una estatura gigantesca; según Elliot, de 3.70 a 4.90 metros; de labios gruesos, carnosos, de mandíbula inferior saliente y alargada, ojos muy separados, frente estrecha, y poco a poco se fueron reduciendo de estatura, pareciéndose al tipo que fué de los remoahales, primer subraza atlante.

Ante esta descripción, y ante las estatuas de la Isla de Pascua y el cráneo del "Homúnculus patagónicus", de Ameghino, que el sabio atribuyó al eoceno superior — el inmediato al cretáceo —, nos preguntamos: ¿No estaremos en la senda de la verdad, ya que la ciencia va comprobando la exactitud del árbol genealógico que trazó Ameghino en 1909, partiendo del Hominidio, en cuyo cuadro hay, por rara coincidencia, una diversificación de los Hominídeos y los antropomorfídeos?

Terminemos pensando con Moreux: "Que el hombre permanece siendo el hombre en todas las épocas en que se han encontrado restos de su esqueleto", y que la teoría darwiniana de que "por la acción de las fuerzas biológicas, ha sido elevado un grado en el puesto que ocupaba entre los antropoides" es insostenible ante el problema que plantea de orden psíquico: ¿y el alma, las facultades creadoras superiores a través de las cuales se transparenta esa chispa divina del espíritu? ¿Cómo evolucionó?



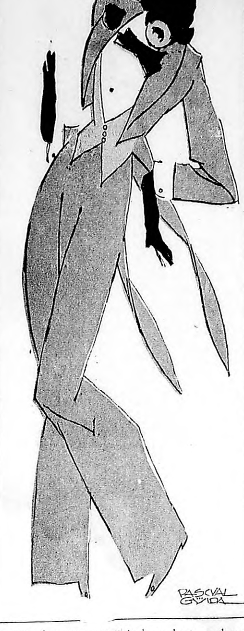
POR

ADOLFO FERMIN GUERRA

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Los "Spirituals" Negros





CUANDO, a principios de 1870, un coro de estudiantes negros de la Universidad de Nashville, en Tennessee, salió en jira por el Norte, para recolectar dinero para la institución, las canciones que cantaban eran piezas populares, como "El cuerpo de John Brown" y los comunes himnos evangélicos de la época. Tanto en Nashville, como durante la jira, confesaron que conocían cantos de esclavos, pero que esos cantos les resultaban incómodos recuerdos de su reciente servidumbre.

Pero después de un tiempo, aparentemente a causa de insistentes pedidos de algunos de sus auditores, renunciaron a ese sentimiento y con esto hicieron un extraordinario suceso de los cantos de esclavos. En poco tiempo el coro de los estudiantes de Nashville se especializó en ellos, y el público musical aclamó lo que le parecía una nueva forma del canto.

Antes de mucho la primera colección de esos Cantos de Jubileo como fueron rebautizados, apareció. Los compiladores y comentadores del Norte sabían poco, si es que algo sabían, del origen de estos cantos, aparte de lo que los mismos negros les contaron. La más cómoda suposición fué considerarlos propios de los negros nacidos en la esclavitud y "derivados del fervor religioso de los blancos".

En las siguientes décadas, sin embargo, algunas dudas se levantaron. Un comentador, Wallaschek, declaró que no eran sino refundiciones de música europea. Pero luego los escépticos fueron silenciados, por un tiempo al menos, por la admitida autoridad de la palabra de un crítico bien conocido: Henry E. Krehbiel.

La argumentación de Krehbiel comenzaba con la tesis de que no hubo nada semejante a una expansión de motivos folklóricos en ninguna parte cercana al Sur, aparte de los esclavos. Luego analizaba un gran número de "spirituals", examinaba separadamente sus características, tales como modalidad, armonía, intervalos, tono, ritmo y estructura de las estrofas. Su conclusión era que todo demostraba la existencia de un estilo aprendido en Africa y desarrollado en la tierra americana, bajo la esclavitud negra.

El primero en replicar a Krehbiel con argumentos de cierta consideración fué Newman I. White, en su libro "Cantos del folklore americano negro". Su principal contribución fué en materia de textos de "spirituals". Aún antes de la aparición de este libro, los más competentes estudiosos estuvieron de acuerdo en que los negros se habían apropiado de algunos fragmentos textuales de los himnos del folklore blanco, pero el profesor White, yendo más lejos, señaló directamente los libros de himnos de las reuniones en el campo del siglo XIX y documentos más viejos aún, afirmando que estaba seguro de que revelaban las fuentes de los textos de los "spirituals". Y ordenó en formación de batalla una formidable cantidad de estrofas y de fragmentos de estrofas para probar su convicción.

El lado musical de la argumentación, no tratado por White, fué utilizado el año 1931 por Guy B. Johnson en su libro "La cultura folklórica de la Isla St. Helena". El doctor Johnson encontró en dos libros antiguos de cantos —con algunos cantos de reuniones campestres entre ellos—, melodías que claramente eran la fuente de alrededor de una docena de tonadas o partes de tonadas ahora generalmente reputadas melodías negras. Johnson hizo más. Revisó los dos libros y encontró aquellas características melódicas que Krehbiel había calificado de puramente africanas. Pero aún frente a esta prueba de esencial identidad entre los cantos de las reuniones campestres y los "spirituals" negros, hay quienes dudan. Los negros, dicen estos desconformes, estaban en el Sur mucho antes de que los blancos llegaran en cantidad digna de tomarse en cuenta.

¿Que cantaron todo ese tiempo, sino sus propios "spirituals"? En respuesta a esta objeción puede ofrecerse un poco de historia.

Las funciones religiosas fueron el medio favorito de los metodistas para combatir el demonio. En el interior de América la obra fué llevada a cabo sin control jerárquico alguno. Las sectas se tornaron menos importantes que la salvación, en manos de algunos extraordinarios predicadores. Las iglesias eran menos útiles y menos apropiadas que las reuniones campestres.

En cuanto a los cánticos que traían esos pastores podemos decir, con el distinguido himnologista Luis F. Benson que "pertenece a la propia naturaleza del entusiasmo por las campañas protestantes en pro de la fe el desarrollar sus propios cantos". Los primeros metodistas de Inglaterra así lo hicieron. Donald Wade nos dice, en su biografía de John Wesley, que acostumbraban a usar las tonadas de salaces canciones populares y baladas escocesas. Por lo tanto esta tradición de la secta estaba establecida. En los Estados Unidos los himnos y salmos autorizados, aunque aprobados por los verdaderos pastores de la iglesia en Inglaterra, que habían ido ya muy lejos en igualarlos con los cantos populares, fueron descartadas en favor de la casera gritería musical, originada en el acto o chapuceramente preparada por el pastor o su director de canto.

En la preparación de esos cantos una costumbre favorita fué la de tomar una línea o couplet de algún himno antiguo, siguiéndolo con un aleluya o gloria aleluya, agregándole más líneas copiadas y aleluyas y añadiendo, todavía más jaculatorias.

Compilaciones de estos textos remendados, sin música, se multiplicaron en el propio período de la gran campaña de funciones religiosas al aire libre, esto es, de 1800 a 1830. Un volumen del tipo, impreso en Newbern, en 1806, ostenta en la tapa la siguiente inscripción: "Háblense a sí mismos en salmos, himnos y cantos espirituales". El título de esta colección, "Cantos Espirituales" ("Spiritual Songs), llegó a ser el nombre genérico de la nueva clase de cánticos creados en la atmósfera de la predicación, y fué usado por los campesinos blancos del Sur por espacio quizá de un siglo antes de que las hojas del programa del grupo negro de conciertos de la Universidad de Nashville lo diera a conocer a los auditorios del Norte.

Las tonadas con que los textos de estos "spirituals" estaban enlazados eran, asimismo, el producto de las condiciones en que tenía lugar la predicación. Todo lo que los predicadores y los cantores pedían era simplicidad y cadencia.

Las funciones religiosas al aire libre se originaron en Kentucky, en 1800. Primero se extendieron a Tennessee y las Carolinas y luego a todo el resto de la nación. Fué durante la colonización del centro del Sur, entre los recientemente arribados escoceses, irlandeses, ingleses y alemanes, que los metodistas, bautistas y presbiterianos amalgamaron sus variadas teologías en una verdadera religión tradicional y que esta religión tradicional comenzó un tipo igualmente tradicional de cánticos.

¿Cuándo estos cánticos llegaron al negro? Bien pronto. Los negros ya estaban allá. El interior del Sur fué como Johnson lo ha señalado, el centro del tráfico doméstico de esclavos. Y los lectores de ese libro o del de White pueden fácilmente darse cuenta cuán pronto el movimiento de catequización contagió a los negros. Los atrajo fuertemente y pronto adoptaron sus métodos de predicar y rezar, sus gritos y palmoteos, sus sacudimientos, gruñidos, danzas y todo el resto de sus manifestaciones de multitud emocional. Los cantos vinieron con todo esto.

Pero si aceptamos estos detalles como prueba razonable de la fuente de los negros "spirituals" debemos todavía asombrarnos de que su descubrimiento haya tardado tanto. El primer factor, sin duda, fué que no se deseaba descubrirlo. Este deseo partía de dos distintas facciones: primero los sudistas profesionales; segundo, las iglesias urbanas, siempre listas a olvidar los cánticos de las reuniones campestres, ilegítimos hijos de su propia himnología primitiva.

Una segunda razón para que el descubrimiento se postergara tanto reside en el hecho de que había una completa ausencia de las músicas utilizadas. Las multitudes que acudían a las funciones religiosas hace un siglo no estaban provistas de partituras. Si algo había para ayudar al instinto de imitación y a la buena memoria, apenas consistiría en libros conteniendo tan sólo las estrofas. Pero eventualmente las tonadas eran recopiladas por los maestros de escuela en la época de las primeras colonizaciones. Pero esos libros son difíciles de encontrar. La lista de ellos en el diccionario de música y músicos de Grove (suplemento americano) no ofrece más que los títulos de dos volúmenes que contengan tonadas de la clase referida en cierta cantidad. Los dos libros consultados por Johnson, "El Arpa Milenaria" (1843) y la "Lira Cristiana" (1830), también contienen algunos de estos cánticos "spirituals", y el último, en su época, fué muy popular en el Sur.

Yo he tenido la suerte de descubrir treinta de esos libros olvidados. Estaban en uso durante la generación que precedió a la pieza con "La Harmonía de Kentucky" (1815) y termina con "El Arpa Social" (1855). Los más antiguos no incluyen más que pocos cánticos de la especie que estamos investigando. En los últimos, en cambio, se ofrece un rico material para los estudiosos interesados en el génesis de las melodías de los "negros spirituals" y de sus textos.

He examinado este material para establecer qué cantos habían sido extraídos de allí por los negros. No me ha sido difícil encontrar antecedentes a treinta y tantos cantos negros, entre ellos de los siguientes: "Oiré el sonido de la Trompeta", "Pobre peregrino", "Viejo barco de Zion", "Estoy viajando hacia el sepulcro", "Algunos días", etc.

Las versiones negras muestran diverso grado de fidelidad con sus originales, tales como aparecen en los libros de cantos escolares. Los antecedentes de las más recientes canciones negras pueden ser discernidos por un oído avezado. Las anteriores, en cambio, se parecen mucho al original. La razón de estos grados distintos de fidelidad es bastante clara. Antes de la guerra civil los campesinos blancos y los esclavos negros debieron cantar exactamente la misma cosa y mientras estas condiciones persistieron no podía haber una diferencia radical entre ambos. De ahí la gran similitud entre las primitivas recopilaciones negras y las versiones blancas de los libros escolares de canto.

Pero estas condiciones no persistieron. Durante el conflicto entre Norte y Sur la afición de los campesinos del Sur por sus reuniones religiosas campestres comenzó a desaparecer. Nuevos tiempos, nuevas ideas. Organos, himnos evangélicos, etc., fueron poco a poco poniendo en desuso los viejos "cantos salvajes". Pero entre los negros la boga de canto continuaba, fuera del control de la palabra o las notas impresas. El resultado, en el curso de dos generaciones más, fueron las divergencias de que hemos hablado.

Ninguna persona niega, establecida cuál es la fuente principal de los "spirituals", que los negros han creado algunas canciones bellísimas, como "Deep River", "Swing Low" y "Steal Away", por ejemplo.

Incluso se puede decir que las variaciones introducidas por los negros a los cánticos blancos les inyectan una vida emocional que antes no tenían. Muchas veces son más bellos que sus antecesores.

POR

G. PULLEN JACKSON

ILUSTRACION DE GUIDA

Sombras Sobre la Tierra



EL campo criollo suele dar alguna sorpresa literaria. Los poblados casi parecen imposible que sirvan para algo que no sea el dar vueltas de señoritas (rigurosamentetales) alrededor de una modesta plaza, el chismosear de viejas emparentadas de cerca con la más indecente ociosidad o el anacrónico escarceo político de quince o veinte caballeros decididamente reumáticos.

Esta idea nos viene no sólo de los fracasos de diversos señores propensos a la manía de trasladar al papel impreso todo lo que ven, sino de algunas experiencias personales que han originado la imperfecta descripción que de un pueblo hemos hecho más arriba. Imperfecta porque no se dejará de objetarnos, con mucha razón, que no todos los viejos son reumáticos y politiqueros, ni todas las muchachas calesitas vivientes, ni todas las ancianas chismosas y haraganas incorregibles, por el sólo y en sí poco significativo hecho de vivir en un pueblo del interior. Y más imperfecta aún, casi calumniosa, podíamos decir, a causa de que nosotros, como los señores grafómanos, nos quedamos en la orilla de esas gentes, las miramos con indiferencia sólo sofocada de vez en cuando por el paso de una señorita más o menos bien moldeada o el sonido de una frase típica, que contenía en su interior ese inexistente, terrible color, que se ha dado en llamar "color local".

No hay alma que no pueda interesar, que no suministre de inmediato un material alucinante, si en la tarea se pone la intensidad humana que, junto con la capacidad creadora y algunos detalles técnicos que sería largo detallar, son las condiciones primordiales para diferenciar un novelista de un caballero atacado de la ofensiva manía de escribir porque sí.

Comprobación que surge de la lectura de una magnífica novela, "Sombras sobre la tierra", escrita por Francisco Espinola. La lectura de esta obra nos aparta instantáneamente de las bromas de mal gusto a unos pobres viejos reumáticos y a unas respetables señoritas que con esas al parecer inexplicables vueltas están moliendo nada menos que su destino y están soportando, como cualquiera de nosotros, un alma transida y deseos y angustias y lentos recuerdos y desgarrados sueños.

Francisco Espinola habla de un pueblo criollo. Como tiene fe en sus fuerzas abandona el centro, con la vía blanca y las pequeñas pasiones que lo tuvieron a mal traer a Sinclair Lewis en "Main-Street", y se interna en el bajo.

Es todo un símbolo el llevarnos allí, al principio de la novela, tras una perra, "Milonga", bien conocida en los burdeles. Puede haber un drama, en este mero hecho, pero Espinola, al abordar uno de los temas más abominables que pueda haber en la literatura, no nos quiere asustar previamente, como Kuprin con su "Yama" maldito.

La tragedia es conversada y, lentamente, como le gusta al criollo de verdad, trátese o no de tragedia. El alarido y la crispación rusa no aparecen por las páginas de Espinola; con lo que dejo dicho que no está emparentado con la creación nombrada de Kuprin ni con otra, también esplendente en el horror, de Andreieff.

Menos, desde luego, con "La Maison Tellier", de Maupassant, o algo del género que firma Carco. Los incidentes y los personajes de "Sombras sobre la tierra son auténticamente criollos, pero salvos del famoso color local tan agresivamente usado por los italianos que se disfrazan de gauchos en carnaval y por la sociedad prodescreído de la tradición y el ambiente criollo generalmente evitada por las auditores de radio bajo el nombre de "Chispazos de Tradición".

Lo que menos interesa en "Sombras sobre la tierra" es el personaje central. Juan Carlos no consigue dibujarse netamente en una obra donde todos los perfiles, aun los que aparecen en cuatro líneas, son decisivos. Está envenenado por la literatura y algunos conocimientos generales que —cosa extraña— lo sacan de quicio. Se parece demasiado a ese antipático disconformista con que todos hemos tenido que vernos alguna vez y que jamás explica las razones de esa insatisfacción.

En cambio las muchachas del Bajo y las regentas de las casas del Bajo —gente resignada al lodo, que aguanta con ese costado fatalista del carácter criollo la herejía de su destino— surgen en las páginas de Francisco Espinola netas, desgarradas, con un realismo que mueve las oscuras fuentes de la piedad hasta el llanto.

Tienen pasiones y sueños y ansiedades y, sobre todo, un comportamiento que se avecina con el de las bestias mansas. Uno siente como si Francisco Espinola las rescatara un poco, descubriéndonos que sus días atrozmente repetidos (recordemos el símbolo de "Maya" trasladado a la obra de Gantillón), donde el acto máximo de la creación se convierte en el abandono más lacerante de la intimidad femenina, están plenos de una vasta sed de ternura. Sed que halla su objetivo en figuras de pesadilla: vividores de gesto torcido y pronta agresión; en miserables remedos del amor que se ejercen sobre sus bocas gastadas, sobre sus carnes que no se sabe que esperan para convertirse en llagas vivas.

Y sin embargo el hombre encanallecido que se acerca a ese borde, a ese límite, a esas afueras de la vida en que están esperando día tras día, noche tras noche, un poco de salvación unas cuantas muchachas trizadas por la injusticia de los hombres, así remede de lejos a la ternura, así llegue a su vez al borde, a las afueras, al linde del amor, está seguro de ser ciegamente adorado, ciegamente consentido, hasta los más cenagosos arrabales de la humillación. Es que sea como sea, nos dice Espinola, "restituye criatura lo que los otros vuelven bestia". Y, además, "constituye su apoyo frente a la patrona, siempre ávida de ganancias, al comisario enamoradizo, al milico extramilitante y al patotero compadrón".

Lo extraño es que este género de pasión, en la mujer, se torna espiritual. Nada importa a esta última ancla arrojada con desesperación en la ternura: ni el decorado leproso del vicio barato, ni las ocasionales palizas, ni el conocimiento de que el mañana oculta apenas un seguro drama: abandono, enfermedad, muerte. La intimidad deshecha de esas muchachas ya casi no reacciona en un sentido físico, "porque más que a un hombre, es al alma de su hombre lo que abraza quien vive "vendiendo su vida", como dicen por ahí", — afirma Espinnola.

La arquitectura central de esta gran novela está hecha a semejanza de las viejas catedrales cristianas: poblada de gárgolas y demonios insaciables. Como verdaderas sombras sobre la tierra se deslizan sus protagonistas hacia el Bajo. Y ese Bajo, ese inmundo vaciadero, se alza junto a la ciudad como un remordimiento que aún no ha llegado a las almas indiferentes de los pobladores. Llega una sola vez, erizado de lenguas que sangran, pero en sueños...

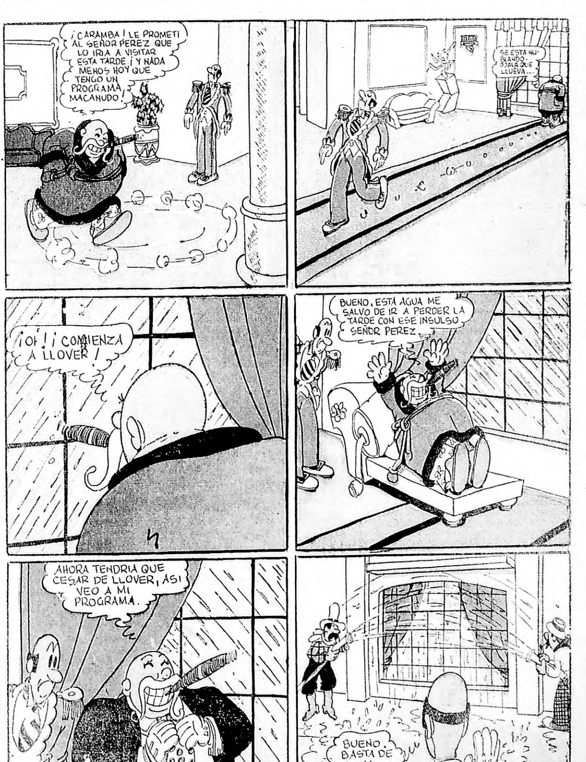
Espinola ha visto su poblado criollo con esa piadosa intensidad de alma de que nos habla el versículo de San Lucas, que le sirve de epígrafe: "Y como llegó cerca, viendo la ciudad, lloró sobre ella".

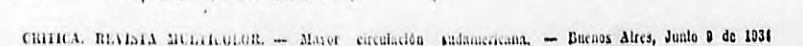
ULYSES PETIT DE MURAT

ILUSTRACION DE GUIDA



El Nuevo Rico ★ por H. Rodriguez





LA VERDAD SOBRE LA TOXICOMANIA





ILVSTRACION DE PASQUAL GVIDA

POR

Joseph Fulling Fishman

EN medio de la escena se inclina una figura desecada. Su piel es amarilla, sus ojos febricientes, sus manos tembleques. Se halla en un estado de decadencia física que limita con la "debacle" absoluta; por ello en esos momentos cometería los crímenes más espeluznantes y crispadores de nervios con una frialdad, una fuerza y firmeza imposibles en un hombre de mayor salud, normal. Y es que él es un adicto a los narcóticos de romance, y la droga que toma, parece, lo transforma de un débil, cobardemente deshecho humano, en amenazante y brutal, desesperado disparador de armas, que procede a balear sin descriminación contra cualquiera cuyas manos no se alzan todo lo alto que él cree que puede hacerlo.

Sea un inhalador de heroína o un caballero de la aguja de morfina, este es el único adicto que hemos visto antes las candilejas, en la pantalla, o en la ficción novelesca. ¿Pero existe éste en realidad? ¿Los efectos de la inclinación a los alcaloides son uniformes y esta criatura es su resultado inevitable? ¿Un aficionado a los narcóticos siempre quebranta su salud y se convierte en amenaza para la propiedad y la vida de sus conciudadanos?

Las prisiones de la ciudad de Nueva York confinan anualmente mayor número de adictos a los narcóticos que los que pueden hallarse en cualquier otra localidad de los Estados Unidos, sino de todo el mundo. El diez por ciento de los hombres que se envía anualmente a la isla Welfar son aficionados a los estupefacientes. Esto significa que, tan solamente en el año 1930, 1166 prisioneros de esta institución eran catadores de alcaloides. Se ha hecho un estudio cuidadoso de los casos de estos individuos y se ha obtenido una información detallada acerca de los antecedentes de los mismos en lo que atañe a sus aficiones viciosas y criminales.

Primero, descubrimos que debemos descartar como posibles delincuentes, en el sentido comunmente aceptado, a una tercera parte de ellos en este grupo. Esos hombres han sido arrestados exclusivamente por habérseles encontrado en posesión de narcóticos. Ellos no han caído en ningún acto antisocial tal como se entiende generalmente. No han causado daño a persona o propiedad alguna. Su posesión de drogas, fué simplemente, "prima facie", una prueba de que ellos mismos eran las víctimas de un mal hábito. Su crimen, fué un "malum prohibitum", no un "malum in se". En países donde la legislación no se inmiscuye con los hábitos personales del individuo, no existen tales "criminales" y las instituciones penales no se encargan de su cuidado.

Ahora, eliminando este tercer punto ¿llegamos a los dramáticos villanos que estamos acostumbrados a encontrarnos en la escena y en la novela?. No todavía, pues del total restante, debemos omitir, en lo concerniente a los del año 1930, 450 prisioneros que ni siquiera han sido arrestados por la más mínima contravención a las ordenanzas, sino que comparecieron voluntariamente ante los magistrados para rogarles que fueran enviados a cualquier institución que los curara del hábito de los estupefacientes.

Quedan por considerar una cuarta parte de nuestros presos por uso de narcóticos. La cuarta parte de delincuentes. ¿Son éstos las escuálidas figuras viciosas que consagran la tradición gente que cometen crímenes de tal magnitud que solamente pueden concebir mentes empapadas en alcaloides? Bien, aquí los tenemos. Y no podría descubrirse en ninguna parte grupo alguno de más triviales violadores de la ley... excepto en otras celdas en que se alojan aficionados a los alcaloides. No se puede hallar entre ellos a ningún autor de esos crímenes que ponen los pelos de punta. Pequeños defraudadores, vagancia, conducta desordenada y otros delitos sin importancia... llenan la estadística.

El adicto a los narcóticos, en verdad, carece hasta del incentivo para cometer un crimen que realmente ponga los pelos de punta. Ni siquiera huye. Empero, algunos de los arrestados por tenencia de drogas, solamente un año entre muchos, registran antecedentes delictuosos. Pero ellos son hechos de una naturaleza comparativamente insignificante y en muy raras ocasiones pueden ser considerados como amenazantes para la vida o la propiedad.

Más aún, en el grupo de delincuentes, debe hacerse notar un hecho particular. Un grupo apreciable aparece vinculado a pequeños robos, no debidos o influenciados por los narcóticos, ni debido a inclinación criminal alguna o ausencia de sentido moral, sino debido a que carecían de dinero para adquirir drogas. Habiéndose prohibido el comercio de estupefacientes, su adquisición se hace difícil por los precios. Por lo tanto, cuando esas criaturas afanosas de narcóticos no cuentan con más fondos para alimentar su inexorable apetito, roban para satisfacerlo, y por esto únicamente.

Se argüirá que si no tuvieran el vicio, nunca hubieran llegado a robar. Cierto, pero por otro lado, si fueran personas de recursos, por reducidos que fueran, no hubieran incurrido jamás en esos delitos. Aquí, el dinero, como en muchos otros casos, establece la diferencia entre el hombre detrás de las rejas y su igual lejos de ellas. Es esta necesidad de dinero para obtener narcóticos lo que establece la relación que algunos vinculan completamente entre los narcóticos y el delito.

De esto se desprende que si en lugar de una prohibición absoluta en el comercio de alcaloides existieran estaciones de aprovisionamiento sostenidas por las municipalidades o por la filantropía privada para proveer de ellos a los adictos pobres, se lograría establecer definitivamente una valla contra la insignificante delincuencia de los apegados a los estupefacientes. Si ello sería discreto establecerlo, ante los posibles efectos de la propagación de su uso, es cosa que ignoramos. Ni tampoco es mi propósito aquí debatir acerca de lo que debe hacerse con el que se entrega a los narcóticos, sino solamente aclarar de qué clase de persona se trata.

★

Solamente el público excesivamente influenciado por la propaganda cree que el aficionado a los alcaloides es un delincuente desesperado. Aquellos que están en contacto directo con ellos — penalistas, médicos, carceleros y gentes así — saben que constituyen más bien un fastidio que una amenaza. Y los delincuentes lo saben también. El drogómano dista mucho de ser un gran perdulario, cosa que tienen sumamente en cuenta los grandes perdularios para no tener nada que ver con él. "No tocarlo, que es un "basurita", es la exclamación común de advertencia de un delincuente a otro cuando se hallan discutiendo acerca de un tercero entregado a los estupefacientes.

Ninguna otra frase habría que decir, pues todos los malhechores temen al adicto a los alcaloides más que a la policía. La razón está en que sus aficionados son individuos que pueden proporcionarles un buen dolor de cabeza de caer presos y quedar durante 48 horas sin su estupefaciente preferido, para luego vomitar cuando sabe al simple ofrecimiento de un poco de ello.

Si es que se trata de dar con los grandes desesperados, los pillastres a prueba de fuego y los reyes del crimen, no hay que perder tiempo buscándolos entre los entregados a los estupefacientes. A veces, por excepción a esta regla, como en cualquier otra, se da un caso en que surje un verdadero malhechor dado a los alcaloides. Pero generalmente, el delito requiere una gran frialdad en su concepción y ejecución, aparte de coraje, y en muy rara ocasión los grandes delitos pueden perpetrarse por "aves de nieve" o "basuritas", como se los llama en los bajos fondos.

Pero tan establecida ha quedado la imagen del drogómano convencional que a nadie se le ha ocurrido, en interés de su verdadero conocimiento, recoger todos los datos concernientes al "adicto" fuera de la prisión. Aun en las personas que en Estados Unidos se dedican por completo a extirpar los narcóticos del país —las personas que se hallan detrás de nuestra actual legislación— varían en sus cálculos acerca del total de aficionados a los mismos entre 100.000 y 1.000.000. Es obvio que, si 450 personas se presentan anualmente por su propia iniciativa a las instituciones penales de Nueva York para su cura, cada año, —y nos parece que en esta cifra debe hallarse el promedio— el número de los que quedan afuera, poco dispuestos a ese encarcelamiento con su secuela de legajos policiales, debe ser inmensamente mayor.

Mientras tanto, si uno siente simpatía y surge admiración por los 450 que aceptan aun la prisión para librarse del confortante pero degradante vicio, no estaría demás que atendiera a lo ocurrido en un caso típico.

John Smith ha contraído el hábito de los estupefacientes. Se inicia con un 1|8 o 1|4 de gramo. Empero, se halla orgánicamente en tales condiciones, que presto se habitúa a esta cantidad. Esta dosis pronto deja de surtir sus primeros efectos, por lo cual la aumenta. Es una persona sin dinero, para aclararlo bien, y antes de mucho, descubre que el mantenimiento de su hábito le cuesta más dinero del que puede ganar. No tiene el valor de robar y desde un principio ha llegado a saber que, si es atrapado en posesión de estupefacientes, será arrestado y enviado a una de las prisiones de la ciudad, donde se lo someterá a una cura. En esta forma aparece ante un magistrado, admite que es un aficionado crónico a las drogas, rogando a la vez que se lo recluya para la curación que lo hará libre del hábito que lo esclaviza. La cura consiste en reducirle gradualmente la provisión diaria de narcótico a que se hallaba habituado. Cuando el médico lo anuncia, es porque según éste, ya ha perdido el vicio.

El se halla en esos momentos exactamente como cuando empezó a entregarse a los estupefacientes.

Curado para el común de las gentes, quizá, para John Smith mismo se halla simplemente en condiciones financieras para retomar su hábito. Ahora puede volver a sentir las mismas sensaciones que experimentara antes con una fracción mínima de droga, en lugar de lo que le era últimamente necesario para obtener lo mismo. En otras palabras, su propósito al internarse en la prisión no fué de abandonar el vicio, sino el de ponerse en condiciones de costear su afición dentro de la posibilidad de sus medios.

Este es el motivo en la mayoría de los casos de los que voluntariamente se someten todos los años a curas. Joseph McCann, director de la penitenciaría de Welfare Island, quien quizás posee mayor experiencia en materia de adictos a las drogas que cualquier otro director de penal de la Unión, nos manifiesta que centenares de adictos a los alcaloides han manifestado francamente que no sienten el más remoto deseo de curarse realmente del vicio, sino simplemente reducir su costo.

Como el propósito en vista, de considerar más seriamente a los adictos a los alcaloides en las prisiones de Nueva York, el director de cárceles, Mr. Patterson, con la anuencia del alcalde Mr. Walker, designó a comienzos de 1928 a siete facultativos de gran relieve, algunos de ellos sumamente expertos en materia de estupefacientes, para que efectuaran un estudio comprensivo de un grupo de adictos que voluntariamente se sometieran al tratamiento.

Se estableció una guardia especial con ese objeto en el Bellevue Hospital. Se presentaron para ello voluntariamente trescientos ochenta hombres. El estudio se prolongó desde mayo de 1928 y mayo de 1929, y los informes a que dió lugar sugieren observaciones dolorosas, declaró la comisión:

"Muy frecuentemente se divertían secretamente ante las tentativas de "cura" para con ellos, mirando la empresa despectivamente, como fútil y como una pérdida de tiempo y dinero contra sus "derechos". Ello en parte explica su conducta irresponsable mientras se hallaron bajo tratamiento, la falta de aprecio de lo que se hacía por ellos y su tendencia general a la destrucción (ni una silla dejaron sana en su sala especial), mientras permanecieron confinados. Se traba una batalla constante entre el ingenio de los viciosos y aquellos que tratan de curarlos. Sus esfuerzos constantes tienden a anular por completo esas tentativas por todos los medios concebibles y de ello derivan un placer infantil y satisfacciones cada vez que logran burlar a los que vigilan por ellos".

Si bien estos hombres no son presos en el sentido común de la palabra, era necesario tener ante ellos permanentemente un guardia al efecto de evitar la introducción clandestina de narcóticos. Pues, aun aquellos que se someten voluntariamente a la cura, hacen todos los esfuerzos posibles para lograr la droga cuyo uso aparentemente están dispuestos a abandonar.

Lo mismo es exacto respecto a los adictos a los estupefacientes, cuya posición social hace fuera de cuestión la sinceridad de sus propósitos de curación. Es por esta razón que los pocos sanatorios que aceptan la curación de aficionados a los estupefacientes ,deben convertir su reglamentación interna en cosa tan estricta como la que rige en las prisiones, para mantener eficazmente la vigilancia sobre los pensionados allí, a fin de impedir que obtengan drogas.

★

Indudablemente, el principal motivo por el cual gastamos tanto dinero en la curación de los adictos a los narcóticos y obtenemos tan poco con ello, se debe antes que nada a lo poco que conocemos a su respecto. Los individuos y entidades que luchan por eliminar el mal inculcando el temor a las consecuencias de los estupefacientes, han pintado constantemente al vicioso de ellos como criatura anémica que tarde o temprano cae al margen de la ley, para ir a parar a manos de la policía. Se supone hasta por parte de penalistas que la mayoría de los viciosos de las drogas se encuentran entre los delincuentes. Pero, esta creencia se halla inspirada por la despreocupada teoría de las estadísticas de las prisiones situadas cerca de las grandes poblaciones que constituyen demostraciones típicas de todos los E. Unidos. Lo cierto es que si bien se cuentan grandes porcentajes de adictos a los alcaloides entre los alojados en las prisiones de Nueva York y Chicago, y en un grado mayor o menor en otras grandes poblaciones de la Unión, existen centenares de cárceles en el país donde muy rara vez, si alguna, se recibe a un drogómano.

Visitando las prisiones de todo el país durante los veinte últimos años, hemos podido comprobar en ocasiones numerosas que no solamente los guardianes y directores de penales sino los mismos de los establecimientos carcelarios no tienen noción exacta del problema de los narcóticos. Muchos de esos facultativos nunca, en sus años de ejercicio profesional, se vieron ante la necesidad de examinar un solo caso de vicioso de los alcaloides. Pocos entre ellos llegaron a tener siquiera noticia del sistema Towne-Lambert, padre de los tratamientos en el género.

Los estudios hechos al respecto, seriamente, demuestran que la mayoría de las personas que se entregan a los alcaloides son gentes bastante pacíficas. Quien esto escribe, quedó un tanto asombrado al comprobar que uno de los médicos de su relación, llevaba a sus narices un poco de heroína, mientras conversaba tranquilamente conmigo en su consultorio. Me confesó que había estado usando estupefacientes desde hace veinticinco años. Y ese médico es uno de los nombres más respetados de la localidad en que vive. Después de eso, he sabido por declaraciones de médicos especializados en drogómanos, que hay miles y miles que son adictos a los narcóticos como el facultativo citado.

La mayoría de éstos, usan los narcóticos año tras año, sin que ello signifique para nada una amenaza para la sociedad. Son personas que toman cierta cantidad de "gramos" todos los días, pero que no aumentan la dosis. Cuentan con trabajos estables... muchos de ellos llegan a desempeñarse en altas posiciones, mantienen a sus familias y, por lo demás, se conducen como el común de los ciudadanos. Cuentan con dinero suficiente para proveerse de narcóticos y, por lo tanto, no entran en conflicto con la ley. Constituyen la gran mayoría entre los adictos a los alcaloides y son completamente inofensivos.

En nada, la mayoría de éstos, presentan algún estigma por obra de su hábito. Contrariamente a la creencia corriente de que los aficionados a los narcóticos se convierten rápidamente en ruinas físicas, el uso de ellos parece causar poco daño a su salud personal. Ni siquiera puede afirmarse de cierto que acorte la duración de la existencia.

Un estudio hecho entre 1.166 hombres, confinados en la penitenciaría de Welfare Island durante el año 1930, corrobora la veracidad de estas afirmaciones. Y por más que los adictos a los estupefacientes suelen faltar con suma frecuencia a la verdad, sus declaraciones fueron comprobadas hasta donde esto es posible.

Por este estudio se ha logrado saber que entre los 1.166 alojados en la cárcel en cuestión, muy pocos entre ellos habían usado narcóticos menos que durante cinco años; un 50 por ciento los había usado durante diez años o más y, posiblemente, del 20 al 25 por ciento durante quince o más años, mientras que el 10 por ciento restante era aficionado a ellos desde hacía más de esos quince años. Pero ni aún esto nos dice la historia, pues se han dado casos conocidos de personas que han sido aficionadas a las drogas durante dieciocho, veinte, veinticuatro años, y he conocido uno que se entrega a ellos hace 48.

Declaran funcionarios de esas instituciones que han tratado con hombres de setenta años de edad que han usado de drogas durante cincuenta años o más, en forma continuada. Muchos de éstos, claro está, evidencian una pobre salud, pero numerosos otros se mantienen con una salud admirable... estado de salud que se aproxima a la de aquellos que no son aficionados a los alcaloides y que han llevado una existencia de disipación e irregularidad. La gran mayoría de los adictos, una vez que han abandonado el uso de estupefacientes, engordan con asombrosa facilidad con simplemente regularizar su vida. Con sólo pocas semanas de este régimen gozan de perfecta salud en la mayoría de los casos, a pesar del hecho de que algunos de ellos se entregaron durante treinta, cuarenta o más años al vicio en cuestión.

Esto prueba que el uso de drogas no mina la constitución física.

Museo de la Confusión

POR

Anímula Vágula

Dibujos de Rodríguez

EN la revista "Para Ti" del 29 de mayo apareció un artículo dedicado a la amortecida poetisa americana Vicenta Castro Cambón. El autor de la recordación, el señor Fernando Jáuregui, que posee una pluma donosa a más no poder y un cautivante tintero de singular nombradía por su utilidad como censo, caja registradora y prontuario, hace uso en esta ocasión de todos los matices de su encantadora paleta (izquierda) y de los giros (al descubierto) más diversos y felices (que el lector) de su prosapia subyugante. En estilo paleto y giróscopo comienza el artículo, así:

No podía dejar cautivo en mi tintero el nombre de una mujer que no tenía el más insignificante atractivo físico, pero sí era poseedora del secreto de arrastrar a todos los que podían conocer los versos nacidos, crecidos y arrullados en su diminuta, blanda y rosada cuna interior.

Realmente no sé por dónde comenzar el análisis de esta introducción poética de la in memoriam para arrastrar, revolver limpiar los pisos y transformar en felpudo y estropajo a sus lectores; interesante resultaría también investigar el nacimiento con cuna y todo de que se nos da noticia como de ciertas insignificancias físicas citadas en primer término. Me dedicaré por entero a la cuna interior, declarando que me extraña que una persona tan ecuánime y meticulosa como el articulista no haya pescado y valorado como se debe el gran atractivo físico que representa un mosquitero endovenoso, un colchón subcutáneo o una almohada intramuscular. Es indudable que si en lugar de diminuto, blando y rosado el artefacto hubiese sido camero, de mármol puro y verde de color, el cuneiforme personaje habría ofrecido tonos y contornos más nítidos, pero en ambas formas a mi parecer notables al simple golpe de vista. Alguna perilla, trozo de funda, resto de sábana o fragmento de elástico saliendo por la nariz, las orejas o la boca del amueblado tenía forzosamente que llamar la atención.

De cualquier manera debemos agradecerle al crítico el descubrimiento de este nuevo adminículo de uso interno que desde ya podemos agregar a los jardines, al fuero y a la voz interior.

Nos relata luego el señor Jáuregui como la poetisa quedó ciega y nos traza una especie de paralelo entre la situación de ésta y de cierto nonato teórico creado exprofeso con el objeto de identificarlo con las reacciones y sentimientos de Vicenta Castro en la ocasión. He aquí el paralelepípedo:

Si al niño le faltara el calor de las alas de ese ángel que con un grito de dolor, de misterio y de dicha lo anexa a la palpitación terrena; si al niño le faltara el abrigo de unos brazos donde poder dejar caer sus lágrimas tempranas; si al niño le faltara la inconfundible voz que dibuja en su oído, como con tizas de colores, el nombre que le han puesto;

Si al niño le faltase cualquiera de estas tres cosas sería el más feliz del mundo, sobre todo si lograra capear con facilidad las inscripciones de tiza en los tímpanos, los tatuajes en el pabellón de la oreja izquierda y los membretes alusivos al Giácomo o al Pietro en el estribo, el yunque o el martillo.

Más adelante, relatando con detalles el origen de la ceguera de la heroína, expresa:

Y la chiquilla, fracturada la columna vertebral, comienza a llevar sobre su torcida espalda la cruz de sus días amargos. Como a las desgracias no les gusta llegar solas, una enfermedad infecciosa le roba la vista, dejándola casi sorda.

La desgracia de ser huérfana. Yo creo que si alguien le hubiese advertido a la dannificada los peligros de practicar el vía crucis y cargar la cruz del palo mayor teniendo la columna vertebral diseminada en distintas latitudes aún podría oír con el ojo derecho y mirar con la oreja de la misma zona. Como bien lo ha hecho notar en biógrafo, las desgracias andan juntas.

Veamos los nuevos sufrimientos.

Cuando ya cree amoldar su espíritu a su terrible cárcel, la mano huesosa de un espectro invita a su madre al viaje...; y se la lleva para no dejarla volver más.

La obediencia llevada a cabo hasta el suicidio. Berretines de correr atrás de un hueso y dejarse engrupir con viajes óseos, en embarcaciones de calcio.

Para finalizar, lo siguiente:

Vicenta Castro, sola, sin el calor de las viajeras alas, sin esa voz que le ayudaba a vivir, sin el salvador brazo al que se prendía como una enredadera enferma;

¿Que se prendía como una enredadera enferma? El señor Jáusegui, creo que desconoce los estatutos leyes y reglamentos que rigen a las trepadoras. Cuando una enredadera goza de buena salud es cuando más bríos demuestra en la ascensión recta, el escalamiento y la alevosía. Una enredadera con grippe, tos convulsa o neumonía pestosa, lo primero que hace es acostarse como cualquier mortal más o menos aprensivo, y evitando el alpinismo y las adherencias. Ya me imagino lo que estará diciendo a esta hora de su historiador Vicenta Castro: ¡Chambón!

★

En la misma revista, algunas páginas más adelante me encontré con la sección Cartas Perdidas, en la cual se hacía presente la correspondencia de una madre a su hija recién casada.





Entre otras cosas le dice a la acollarada:

El hombre al casarse pierde muchas libertades. La mujer hábil y comprensiva, debe procurar que él no lo note, sino que se crea dulcemente atado a un lazo de flores y nada más.

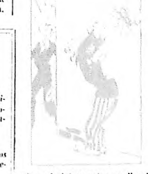
Eso es, y nada más. Porque en otro caso lo veríamos al consorte transformado en una palma alegórica, un bouquet encantador, en una rara mezcla de violeta y salsifí, obligado a desarrollar sus actividades dentro del reducido marco de un invernáculo y soportando las caricias de la regadera, la poda, el bicho canasto y el injerto.

★

La Sociedad de Beneficencia, al igual que todos los años efectuó últimamente una solemne ceremonia con motivo de la entrega de los premios instituidos a las virtudes del hogar.

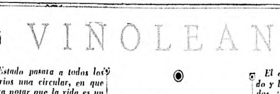
Me enteré así de una larga serie de virtuosos, constituida en su mayoría por bomberos, higienistas, ciegos pacientes, rengos filiales, mancos fraternales y sordos clementes. Entre los premios más interesantes me llamó la atención el que sigue, que hizo acto de presencia en cierto mitrogenado ante meridiano. Veamos:





Premio La Martona, destinado a la madre que haya criado sus hijos por sí misma, a la señora...

¿Y qué dice a todo esto, Martonomé Mitre? ¿No le parece que a lo sumo con esta propaganda se llegará a conseguir la ruina del vasco lechero, del perfecto vascongado pasteurizante y la pródiga lechiguana? Ya me estoy palpitando el déficit de biberones que acusarán dentro de poco los principales tambos y martonas, representantes de la ubre porteña de continuar con premios al tarro casero y a la lactancia directa.



VIÑOLEANAS

Si el Estado pasara a todos los funcionarios una circular, en que les hiciera notar que la vida es un préstamo usurario a corto plazo, es posible que mejorara el servicio de las oficinas públicas.

★

Haciendo un agujerito en el medio de un piedra calcárea y echando agua, se consigue disolverla. Muchas reputaciones se pueden licuar, sin necesidad del agujero.

★

Con observar la carrocería, los pantalones, los botines y las uñas (de las manos), de la mayoría de los hombres, se podría escribir un libro de lo que es el hombre, más allá de estas piezas.

★

Muchos de esos "caballeros", galantes que ofrecen los asientos a las damas, en los tranvías, son capaces de darle una patada a sus propias madres, en la misma boca del estómago.

Todo hombre bueno, para vivir en paz, tiene que dedicarse a ser un poco canalla.

★

¡El talento!, he ahí una cosa que debiéramos tener todos los que escribimos, aunque sea por un par de horas, para no volver a escribir nunca más.

★

El día en que los hombres puedan venderse como las vacas y los caballos, el mercado se viene abajo

★

¿Por qué hacen rezar con tanto fervor a los niñitos? ¿Será preparándolos para las infamias que cometerán cuando entren a la vida? ¡Como esos gordos que toman aspirinas por si se enferman!

POR

Omar Viñole

El ciudadano que sea corrompido y lo evidencia a los ojos de todos, ¡ese sí que es un hombre íntegro!

★

Hay conferencistas, que los aplausos que cosechan, los debieran recibir con árnica.

★

Si es exacto que hay verdad científica, siempre será furgón de cola, de la verdad filosófica.

★

¡El desprecio edifica! Véase todos los edificios que se han hecho a base de limosna, que es la forma instrumental del desdén.

★

Las alegrías deben ventilarse en las plazas públicas. La luna de miel, por ejemplo, que es la más saludable de todas ellas.

★

Una forma de quedar bien con los gobernantes, es decirles que la mayoría de los grandes hombres, fueron idiotas.

Cementerio de campo

Pausa eterna que al borde del camino
tiene su espacio abierto y su destino.
Movedizo rectángulo de tierra
donde el día sus pasos nunca posa.
Polvo que en remolino va a la fosa
Muerto color lleg[illegible] de la sierra.

Ordenación de [illegible] tan sencilla.
Surco de labi[illegible] la semilla
es muda y [illegible] como el sueño.
Quien pein[illegible] aíces, quien adiestra
los gusanos, es la vieja Maestra
meticulosa y de paciente empeño.

Si corre sombras, láminas de plomo
la tierra muerden y se arquea el lomo
de la caja de pino ya podrida.
La Muerte y la humedad, en su tarea.
Que por las ramas de un ombú pasea
la cigarra, jarana de la vida.

Rumia el camino su distancia larga
por donde vienen muertos, en la amarga
mañana de verano, toda yuyos.
Camino que conduce al caserío.
Allí se labran muertes en el frío
y templa amores el calor y orgullos.

Ronda el ganado su parcela escasa.
—Movible redondel de espesa grasa—
¡Oh, vidas que prescinden del misterio!
Vidas que flotan bajo el sol radiante.
La tierra es buena y el dolor constante,
en la herida sin voz del cementerio.

Sepulturas se ven pasar y el cielo
tiene una nube muerta que en e. suelo
es tatuaje de cruces y de ex votos.
Camposanto que sube y no se extiende.
Que la llanura es brava y se defiende
huyendo en el galope de los potros.

Si la lluvia molesta sa constancia
de cementerio, mancha en la distancia:
si la tormenta su humildad provoca,
dice un nombre una lápida de cinc,
—perdido en el herrumbre y el orín—
un nombre que se escapa de la boca:

Rosa Clara González, hija mía...
Y la brisa rozó mi frente fría.
Quince abriles... Y el aire se deshizo
tomó colores, se posó un instante
en la tranquila cruz y el anhelante
labio profano enrojeció el hechizo.

¡Oh, prolongada sombra de las cruces
en el ocaso de postreras luces!
Lenguas que lamen la pradera mustia.
Se aleja el camposanto de las fosas
desprendiendo sus negras mariposas.
Prolongación de cruz, es siempre angustia.

Siento enterrados en movible pozo,
aquel niño que fuí para mi gozo
desconocido ahora y sin historia,
y, aquel adolescente sin sosiego
sordo a la muerte, parlanchín y ciego.
Les doy espacio y luz en mi memoria.

por ENRIQUE AMORIM

ILUSTRACION de GUIDA

La Huída de Ciriaco Galván

Al amanecer reanudaron la marcha a través del desierto, por campos ardorosos y vacíos, de un eterno color de pasto calcinado. Comenzaban a sentirse extenuados. El oficial Villarino cabalgaba adelante; un sargento y un gendarme —llamados Basualdo y Gilardi, respectivamente,— lo seguían.

Habían salido de Manquinchao en persecusión de Ciriaco Galván, bandolero que de tiempo atrás tenía atemorizada la campaña con sus fechorías. Primeramente habían seguido las vías del ferrocarril hasta Valcheta; luego de allí habían iniciado la travesía desolada hacia el Norte, parando en los pocos poblados que hallaron al paso, pernoctando donde encontraban unos árboles que los cobijaran, descansando a veces a la sombra de los caballos, en mitad del camino. Dos veces habían estado a punto de echar mano al bandolero, quien, ignorante tal vez de que era perseguido, se había demorado en distintos lugares para comer o dormir. El gendarme Gilardi era algo rastreador, de modo que era prácticamente el que dirigía la búsqueda. La tarde anterior, al costado del sendero, habían hallado los restos de un fuego cuyas cenizas estaban tibias todavía. Ahora marchaban por entre campos apagados, en dirección a una pequeña llama de color, distante media legua, más o menos. Cuando llegaron, el sol ya estaba alto. Debían de ser las nueve de la mañana. Era un pequeño bosque de árboles amarillentos, cuyas hojas comenzaban a alfombrar el suelo. Adentro, en un claro, se veía un rancho, herméticamente cerrado y silencioso.

—Ahí vive la Silvina, dijo Basualdo.

—¿Quién?, interrogó el oficial.

—La Silvina, una viuda medio india y no mal parecida, por cierto. A lo menos, ahí vivía el año pasado, según supe en Valcheta, donde he solido verla, también, vendiendo leña.

Se separaron. Gilardi dió un rodeo y se dirigió hacia el rancho por los fondos. Los otros dos lo abordaron por el frente. El silencio sólo era cortado por los gritos de los pájaros que se perseguían entre las hojas. Con el revólver en alto, Villarino dió un formidable puntapié a la puerta, que se abrió de golpe. Adentro, en la única pieza del rancho, un hombre se incorporó en la cama, sobresaltado. Era Ciriaco Galván. A su lado, una mujer abrió los ojos, semidormida, y dió un grito.

Los policías se precipitaron al interior, esgrimiendo sus armas. Galván vaciló una fracción de segundo.

—No se resista, porque es inútil. Levántase, ordenó Villarino.

—¿Y qué me he de resistir? — contestó el otro. — Esta vuelta es suya, ya se ve.

—Pues se ha dejado ganar la última, amigo.

—Tal vez, nomás. Para ser la última, no ha sido tan mala... — y miró con intención a su compañera —. No he de ser el primero a quien pierda una de éstas...

—Bueno, vístase. Y ustedes, revisen el rancho.

Galván comenzó a vestirse, parsimoniosamente, en tanto los otros dos hombres se dedicaban a revolver los cajones y trapos que constituían el moblaje de la habitación.

—Usted también, doña; vístase. Va a venir con nosotros.

—¿Yo? Pues sálgase afuera si quiere que me levante. ¿O se ha creído que me voy a vestir a la vista de todo el mundo?

—Sí, pues. La señora tiene razón. Hay que ser atento con las damas, don.

—Con las damas, sí. Pero... Bueno, está bien. Cuando usted esté listo, esperaremos afuera.

Así se hizo. Una vez que Galván se hubo acabado de vestir, Villarino le indicó que marchara adelante y, apuntándole todos con sus armas, salieron del rancho.

No habían transcurrido cinco minutos cuando sonó una detonación. Gilardi se llevó las manos al pecho, dió unos pasos, tambaleante y rodó finalmente por el suelo. Por un momento sus compañeros, completamente desorientados, no supieron qué hacer. Por fin, Basualdo se agachó sobre el caído y el oficial Villarino, volviéndose hacia el rancho, tuvo la explicación de lo que pasaba. En la ventana aparecía la Silvina, empuñando un revólver. Villarino reaccionó instantáneamente y acercándose al bandolero, le puso el cañón de su arma junto a la sien.

—¡Si tira, lo mato! — amenazó a la viuda.

—¡Era para vos, maldito! — vociferó ésta.

Basualdo se enderezó.

—Está muerto, murmuró con pena. Luego, apuntando a la mujer, le dijo:

—Salí, desgraciada, si no querés que te mate como un perro.

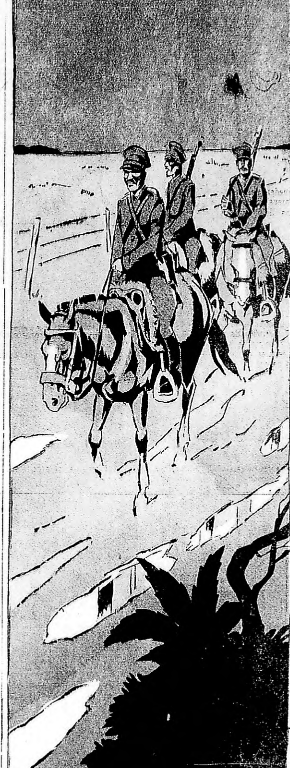
Y desahogó su rabia cubriéndola de insultos e improperios.

Galván la miró con reconocimiento.

Sujetaron el cadáver de Gilardi al lomo de su caballo, aseguraron convenientemente a los presos y, con éstos a la cabeza, la china en ancas del bandolero, se pusieron en marcha.

Esa noche llegaban a las inmediaciones del río. De allí debían remontar la orilla varias leguas para encontrar el primer pueblo donde poder entregar los detenidos. Calculaban llegar a la tarde siguiente. Se dispusieron, pues, a acampar. La región era una vasta zona anegadiza, totalmente cubierta de esa vegetación enmarañada y recia de los pantanos, en la que alternaban los sauces, los juncos, la paja brava y las enredaderas. Los policías extremaron la vigilancia de los prisioneros. No se les ocultaba que una huída entre esos matorrales tenía muchas probabilidades de éxito. Villarino recordaba que ya otra vez, en ocasión de ir acompañado de un gendarme en persecusión del mismo Galván, éste se les escurrió de entre las manos. Se habían internado en un maizal, donde sabían estaba escondido el bandolero. Marchaban dificultosamente entre las altas plantas, cuando un bulto negro que salió súbitamente entre sus piernas y escapó con la agilidad reptil de una sabandija, los dejó estupefactos. Ante sus ojos tenían la madriguera del bandido: era un pozo, una verdadera cueva, tapada con plantas y hojas secas. El foragido huía en tanto, en cuclillas, entre los maíces, a una velocidad pasmosa. Cuando ellos quisieron apuntarle con sus armas, ya había desaparecido. Fué en vano que después recorrieran varias horas el extenso maizal, en todas direcciones. No lo volvieron a encontrar.





De modo que esta vez estaban aleccionados. Acamparon en un claro, bajo los árboles. Desensillaron los caballos. Algo distante, envuelto en unas mantas, entre la maleza, depositaron el cadáver del gendarme. Se dispusieron a comer algunas provisiones que llevaban. Colgaron la linterna eléctrica de un árbol, y se sentaron en el suelo, en el círculo de luz que proyectaba. En torno de ellos, la tenue claridad de una luna incipiente llenaba de sombras movedizas la confusa maraña. Acercaron alimentos a los presos, que se quejaban de hambre. Galván pidió que le desataran las manos para comer.

—No es posible, contestó Villarino. Lo más que podemos hacer es desatar a la Silvina, para que ella lo ayude.

Comían silenciosamente. El oficial tenía el revólver en el suelo, al alcance de su mano. El sargento Basualdo había cruzado la carabina sobre sus rodillas, en dirección al bulto que formaban el bandolero y la mujer. Esta pidió un cuchillo. Cortaba los trozos de carne y se los daba a Galván, que los recibía en la boca con cierta cortedad. Sólo de cuando en cuando ella destinaba uno para sí. La noche era fría y neblinosa; la humedad penetraba hasta los huesos. Los hombres distribuyeron mantas y se arroparon. En seguida de comer, Galván empezó a quejarse, apretándose el vientre. Primero fueron débiles quejas, luego fué un lamento continuo. Culpaba a sus guardianes de haber querido envenenarlo. Estos, al principio, no le hicieron caso. Por fin, Galván dió a entender lo que le ocurría. Los policías se mostraron poco inclinados a complacer su pedido. Pero el bandolero continuó quejándose, al punto de que, luego de deliberar brevemente con el sargento, Villarino tomó la carabina de éste y recomendándole que vigilara a la viuda, ordenó a Galván que anduviera. Este caminó un trecho, hacia la espesura, en dirección a donde estaba el cuerpo del gendarme muerto. El oficial lo seguía con el arma pronta. Galván se internó en la maleza, hasta quedar inmediato al cadáver. Allí se agachó. Villarino se quedó unos veinte pasos atrás y echándose al hombro el fusil apuntó a la cabeza del delincuente, única parte de éste que se adivinaba sobre la vegetación.

—Si se mueve de allí, lo mato — advirtió.

—Pierda cuidado, contestóle el otro.

Pasaron pocos minutos. La cabeza de Galván desapareció bajo los yuyos.

—¡Levante la cabeza, o disparo! — ordenó Villarino, avanzando, alarmado. Pero aquélla reapareció en el acto, emergiendo de los yuyos casi hasta la nuca. Villarino se tranquilizó.

Pasó un rato, que se le hizo interminable. Comenzaba a impacientarse. Pero aún esperó unos minutos. Por último indicó al bandolero que se apurara. Este pareció no haber oído, pues no contestó. Villarino divisaba siempre su cabeza, inmóvil, en el mismo sitio. Al rato, perdida la paciencia por completo, le ordenó que volviera. Una vez más, no obtuvo contestación. Entonces Villarino, no sabiendo cómo explicarse ese mutismo, se acercó al lugar en que se encontraba el bandolero. Cuando estuvo allí, un grito de horror se escapó de sus labios. Sintió que la piel se le encogía. Clavada en un palo, oscura, ensangrentada, estaba la cabeza degollada del gendarme Gilardi.

Volvió corriendo a avisar a su compañero. Ataron a la mujer a un árbol para que no escapara, y montando a caballo, en pelo, se internaron en el malezal. Por varias horas se escuchó el chapotear de los caballos, el ruido de las plantas destrozadas, los gritos de los hombres, algunos tiros disparados al azar.

Por fin volvieron, desalentados, al lugar del campamento. Allí les esperaba una nueva sorpresa: la mujer había desaparecido.

La derrota relajó todos sus músculos. Se sintieron juguetes de ese mundo hostil que los rodeaba. Parecía que desde las sombras los ojos de Galván se burlaban de ellos.

POR

RAUL RIVERO OLAZABAL

ILUSTRACION DE SORAZABAL

Voces

Qué espíritu de mona tiene esa chica que, en el tranvía, saca el espejito y el "rouge" y se pone a pintar los labios mirándonos, primero, de reojo.

★

Un ciudadano naturalizado en X es un ciudadano desnaturalizado de Z.

★

Lo que me reconcilia con el teléfono es que, para los pobres de espíritu, sirve para pedir dinero prestado a los amigos.

★

El elegante del tranvía ha comprado un diario; lo ha ojeado columna por columna y página por página, de cabo a rabo.. Sería inútil preguntarle qué ha leído. Mientras resbalaba su vista por el papel impreso sólo veía sus guantes, su sombreros, sus zapatos, sus calcetines, sus corbata, su cuello, la raya de su pantalón de fantasía. El elegante, por más que mire, nunca ve nada ni a nadie. ¡Sólo se ve a sí mismo!

★

Hay que crear el Día del Biberón Nacional para amamantar a los poetas hambrientos que, algún día, habrán de dar lustre a la patria.

★

Hay panzas tan insolentes que siempre que las veo siento deseos de pegarles un tiro en la insolencia.

★

No hay nada que ponga más de manifiesto la vanidad del hombre que ese tipo, que tanto abunda entre nosotros, que pasa por doctor sin serlo.

★

Nunca nos lamentaremos bastante de haber venido al mundo de las letras en esta gran ciudad donde medran las medianías desvergonzadas y donde se hunden los talentos dignos, los talentos auténticos.

★

Vale más ser escritor con faltas de ortografía que erudito chirle, erudito huero, erudito estéril.

★

Si a mí me eligieran presidente de una república, mi primer acto de gobierno consistiría en dejar acéfala la presidencia, porque nunca podré desempeñar un puesto en el que, fatalmente tienen que cometerse muchas injusticias.

★

En general los clérigos tienen un espíritu cavernario y de ultratumba por la manera fúnebre que tienen de vestir.

★

Con la melena, las mujeres se han quitado un peso enorme de encima... Se han hecho más ligeras... más ligeras de cascos.

★

El malvón tiene un obsesionante sabor a drama de barrios bajos. Sabor a crimen, a sangre. Huele a mala vida... Es la flor del pobre.





Esos hombres que arrancan árboles para hacer playas para automóviles, merecen ser atropellados por la más apocalíptica de las bestias ciudadanas: por el ómnibus.

★

Una personalidad recia; un carácter recto, firme, entero, es, para el común de los mortales, algo inconcebible, algo intolerable, algo indigesto, algo que no se puede tragar.

★

Cuando somos jóvenes, para combatir ciertas cosas, ponemos todo el fuego y todo el ardor de la juventud, y cuando va madurando la breva, las mismas cosas las combatimos con un poco de ácido corrosivo.

★

Calidad, no cantidad; no cesaba de repetir mi pobre amigo: en arte hay que llegar al esqueleto de las cosas... Hasta que se murió nunca se le caían de los labios los versos de Nietzsche que resumen, en alguna manera, su estética:

¡Ten en cuenta
que, al que se hincha,
si alguien lo pincha
lo revienta!

★

El pensamiento es un mal género literario porque sólo sale de la cabeza.

★

No hay destino más triste que el de las estatuas, condenadas a estar siempre en la misma postura.

★

El bigote de Guillermo II... es el más insolente de los bigotes.

★

Hay libros hueros, anodinos, estúpidos, que no resisten la encuadernación: libros que si se los encuaderna se sienten molestos, lo mismo que esos pobres seres a quienes por irrisión se les viste con un traje bien cortado y caro

★

El vigilante, erguido estoicamente en la heroicidad de los zapatos, es el anticipo de su estatua, es la estatua del vigilante.

★

Esa muchacha humilde y con moño parece, entre las demás, una cosa de museo.

★

No se pueden, no se deben poner los libros cabeza abajo por temor a un derrame cerebral.

★

Indudablemente, existe el bien educado nato; el bien educado incorruptible: ese señor que al ocasionarnos la más insignificante molestia en la calle o en el tranvía, nos pide disculpas con una buena educación natural, conmovedora.

★

El cuervo es un lacayo de pompas fúnebres.

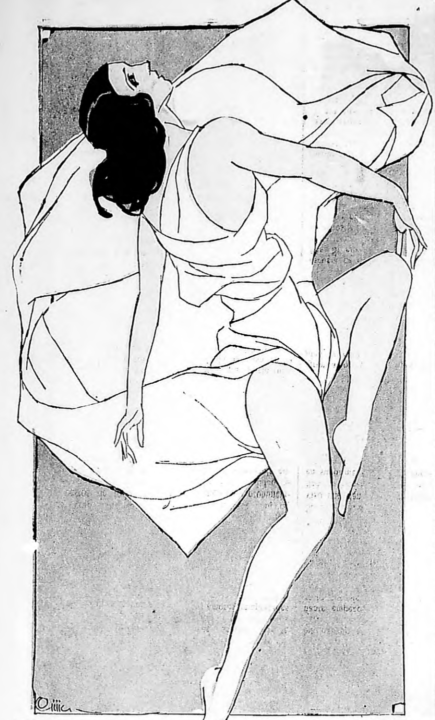
★

Hay chicas bonitas y coquetas, que, cuando se les echa un piropo, se las ve alejarse moviendo nerviosamente la cola.

Por

Pedro Herreros

Ilustración de Rodríguez



El Alma Danzante de Isadora Duncan

"EL carácter de un niño está totalmente dibujado en el seno de la madre en la época inmediatamente anterior a mi nacimiento, mi madre sufrió una honda crisis espiritual: su situación era trágica. No podía tomar ningún alimento, como no fuesen ostras y champaña helados. Si se me preguntara cuándo empecé a bailar, contestaría: "En el seno de mi madre, probablemente por efecto de las ostras y el champaña, el alimento de Afrodita".

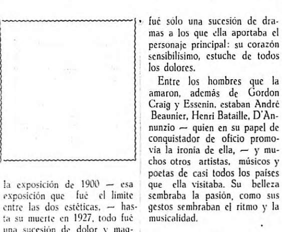
En un pueblo a la orilla del mar, y ya tocada por ese sello de hermosa anormalidad, nacía entonces Isadora Duncan, la danzarina que trajo de nuevo a los hombres la verdadera danza, desde los pies de las victorias posadas sobre las muertas moradas griegas; de las victorias vestidas de viento...

La danza había sido llevada al cautiverio, poco a poco, con un refinamiento siempre mayor que la desvirtuaba y la convertía, sucesivamente, de rito en espectáculo, de espectáculo en diversión de unos pocos.

En Norte América, de padres irlandeses, nació la liberadora de los movimientos puros, la que unió indisolublemente los gestos de todo el cuerpo y la plasticidad de los ágiles miembros libres a toda la música, e interpretó en danzas, para los ojos que veían la belleza, músicas hasta entonces circunscriptas a los oídos. Sacrilegio para las mentalidades conservadoras, ésto la convirtió en el ídolo de todos los que querían, rompiendo con los viejos moldes, encontrar una belleza más libre. Y los que éramos demasiado jóvenes para verla danzar entonces, ahora la vemos como un símbolo espiritual magnífico a través de sus propias palabras.

★

No estaba sola en su gran sueño casi irrealizable. Ella quería envolver al mundo en su pequeña túnica griega — su único adorno — y lo desafiaba con el tremendo coraje de ser tan sólo *ella misma*, en una época en que todo el mundo enterraba su "yo" bajo los más despiadados prejuicios. En su vida extravagante y ardiente fueron siempre sus compañeros su madre y sus hermanos, con los cuales emprendió las más descabelladas aventuras. A cada momento la realidad los llamaba al orden, pero estas criaturas, que parecían venidas de otro planeta, nunca se desanimaron. Y desde su llegada a París durante



la exposición de 1900 — esa exposición que fué el límite entre las dos estéticas, — hasta su muerte en 1927, todo fué una sucesión de dolor y magnificencia, de amor y de miseria, de lujo y de arte, de innovación y de gloria, de caídas desesperadas y de ilusiones siempre nuevas.

★

Isadora Duncan, una de las mujeres más amadas que se hayan conocido, no fué nunca feliz en sus amores: tempestades sucesivas. En sus enamorados, y según la calidad intelectual de éstos, despertaba sentimientos contradictorios. En unos, un sentimiento de religiosidad que la apartaba de ellos, de su verdadera ternura. En otros, como en Gordon Craig, el gran escenógrafo irlandés, de temperamento artístico muy pronunciado, una especie de rivalidad intelectual, que se interponía entre ellos y su cariño. Se puede decir que toda la vida afectiva de Isadora, pasando por la trágica muerte de sus dos hijitos, — en abril de 1913, — que cayeron al Sena desde un coche cuyos caballos se habían desbocado, hasta el suicidio de Sergio Essenin, el gran poeta ruso, con quien ella se casó en la Unión Soviética y que se suicidó después de su separación, fué sólo una sucesión de dramas a los que ella aportaba el personaje principal: su corazón sensibilísimo, estuche de todos los dolores.

Entre los hombres que la amaron, además de Gordon Craig y Essenin, estaban André Beaunier, Henri Bataille, D'Annunzio — quien en su papel de conquistador de oficio promovía la ironía de ella, — y muchos otros artistas, músicos y poetas de casi todos los países que ella visitaba. Su belleza sembraba la pasión, como sus gestos sembraban el ritmo y la musicalidad.

★

En mayo de 1910 visitó la República Argentina. Y en sus recuerdos se destaca con singular precisión el de la primera noche que pasó en Buenos Aires, en un cabaret de bohemios y estudiantes. Nunca había bailado el tango. Pero, al ceder al ruego de su acompañante, empezó a bailar y le pareció que siempre había conocido la languidez apasionada de esa música. Alguien le dijo que esa noche festejaban la conmemoración de la independencia argentina. Se hizo traducir el Himno Argentino y, sobre su música, envuelta en una gran bandera blanca y celeste, improvisó una danza en que simbolizó las luchas de aquel pueblo, en su primer intento de liberación nacional.

Un frenesí se apoderó de los que la vieron. Pero, al otro día, los diarios daban cuenta de la "orgía" y el público de abono se escandalizó. Así fracasó su temporada en Buenos Aires que ella, sin embargo, recordaba con gran amor, por la espontaneidad de aquellas horas.

★

Poco tiempo antes de su trágica muerte, fué llamada por el gobierno soviético. Allá dejó comenzada y encaminada la obra con que soñó toda su vida: la escuela de danzas para los niños. Si ella pudiera, ahora la vería cumplida. Miles y miles de niños y niñas, hijos de la revolución proletaria, reciben la educación estética que ella ideó.

Volvió. Y una tarde, en una carretera, un trozo de gasa volaba, danzaba, envolviendo su cuello con el ritmo de las vestiduras de la Victoria de Samotracia. El automóvil corría por las carreteras de la Costa Azul. Y esa alada gracia de su cuello la estranguló vertiginosamente, al enredarse en una de las ruedas del coche, como había envuelto vertiginosamente a su alma el torbellino de la música...

POR
Eduardo Aráoz

Ilustración de
Pascual Güida





















